

14-2-48

El costumbrismo de Guillermo
Poeto

A MIS PADRES,

POR SU INMENSO AMOR Y NOBLES SACRIFICIOS;
GRACIAS A LOS CUALES DEBO TODO LO QUE SOY

Ma. Elena Nava Perez

Fac. de Filos. y Letras

Licenciada en Historia

1948

CON GRATITUD, RESPETO Y CARINO
A MIS MAESTROS



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



DON GUILLERMO PRIETO

"Algunos rasgos de los hombres de ayer. Algunos latidos de su espíritu.

Amaron, sufrieron, odiaron. Se movieron como nosotros, en la ansiedad de la vida. Y de su angustia, de su aspiración, de su voluntad, sólo nos dejaron remotas palpitaciones.

Tal vez como en la historia, oficial y oficiosa, hayamos recogido, un poco, sus gestos a contraluz, desmedidos y ornamentales... Pero también los otros que no forman realidad política o que no rinden acción cuajada y concluyente.

¡Penumbras y luces, traídas de otro siglo, con amor! Frente a estos personajes y ante su presencia —un poco intangible de fantasmas— habremos, quizá, de volver la mirada para obligarlos a ser lo que han sido ya, en el polvo de los años: sombras, sombras, sombras..."

Enrique Fernández Ledesma

¿QUE SE ENTIENDE POR COSTUMBRISMO?

NO PODRIA dar una definición exacta y precisa de lo que en literatura se ha llamado "costumbrismo," porque aun los mismos críticos literarios no se han podido poner de acuerdo para definir este aspecto. Sin embargo, los autores concuerdan en que el costumbrismo es la pintura y descripción de la sociedad bajo todos sus aspectos propios y exclusivos que caracterizan cada tipo de sociedad; esta pintura es realizada por medio de bosquejos o cuadros, para reivindicar el carácter de cada sociedad, con diálogos y narraciones que permiten copiar sus tipos con exactitud y colorido, a fin de hacer resaltar las costumbres, a menudo desfiguradas por los extranjeros que pretenden describir los países tan sólo a través de sus viajes. Esta pintura de las costumbres enaltece las virtudes propias de cada pueblo, fustiga sus vicios o satiriza sus ridiculeces, y hace una reconstrucción exacta de la sociedad en épocas determinadas.

Muchos autores afirman que este género es enteramente moderno y que era desconocido en la antigüedad; pero esto no es exacto, porque ya desde la época del esplendor del Imperio Romano se trató de corregir las costumbres por medio de la sátira; en el pueblo griego, el teatro se apoderó de las costumbres, las ridiculizó, y autores como Aristófanes y Teofrasto pretendieron pintar el corazón humano.

La sociedad tiene en cada pueblo su fisonomía propia que difiere de la de los demás, así también en cada pueblo encontró el costumbrismo una forma de expresión; en unos se convirtió en aforismos morales que pretendían corregir las costumbres, sobre todo en Roma, cuando el Emperador Marco Aurelio escribió a propósito del egoísmo humano: "Hemos nacido para ayudarnos unos a otros, como los pies, las manos, los párpados, los dientes. Es pues, contrario a la naturaleza perjudicarse mutuamente, y perjudicarse es sentir odio y aversión..."

En otros, fueron fábulas en que se criticaba las costumbres con su correspondiente reflexión moral, fábulas tomadas de los apólogos o cuentos orientales, sencillas e imparciales; este género fué cultivado por autores como Esopo y Fedro y encontró adeptos en las diversas épocas y en todos los países: como La Fontaine en Francia, Samaniego en España, José Rosas Moreno en México, etc.

Al empezar la decadencia de Roma, cuando —al principio de la Era Cristiana en el siglo v— dejó de ser gran potencia mundial, las artes y las ciencias que se cultivaban en sus mejores días casi se extinguieron durante siglos. Murieron, puede decirse, en Italia y en ella misma renacieron. Durante el Renacimiento encontramos también el género de costumbres representado por la gran figura de Dante Alighieri con su *Divina Comedia*, en que describe su sociedad y sus tipos, de Juan Boccaccio en cuyas novelas, historietas y cuentos desfila la refinada y galante sociedad florentina; aunque escrito con demasiada libertad, *El Decamerón* no es sino el reflejo de las costumbres de su tiempo.

España no podía quedarse atrás, puesto que ya desde la época de los romances castellanos nos había dado noticia de las costumbres tanto castellanas como moriscas, nos había presentado con perfección los tipos de los caballeros castellanos, sus ideales y sentimientos, corriente que continuaría con la novela picaresca, expresión y pintura de la vida de los pícaros. Más tarde surgen sus más grandes representantes. Encontramos la grandiosa figura de don Miguel de Cervantes Saavedra, cuya obra cumbre dió un lugar tan preferente a la literatura española y en donde los rasgos costumbristas sobresalen sin que sea necesario aplicarle ningún elogio; esta sola figura bastaría, pero aún tenemos en el teatro español figuras como Calderón de la Barca, Lope de Vega y Tirso de Molina. Posteriormente Moreto escribe sobre este género, así como Quevedo, Mateo Alemán, Luis Vélez de Guevara, Iriarte, Isla e Iglesias. En el siglo xix se dió el nombre de costumbristas a los escritores españoles que hacia 1835 se distinguieron especialmente en la pintura de las costumbres sociales; son costumbristas notables Estébanez Calderón, Larra y Mesonero Romanos. Podría citar innumerables autores que escribieron obras con rasgos costumbristas, aun cuando estas obras se encuentren clasificadas en la literatura dentro de otro género, como Cecilia Böhl de Faber (*Fernán Caballero*) con su novela realista propulsora del folklore español, sobre todo la titulada *La gaviota*, que describe las costumbres de Andalucía, Sevilla y Cádiz. Modesto Lafuente y José Cadalso con sus *Cartas marruecas*. Quienes fomentaron verdaderamente el costumbrismo español, pero en una forma especializada de nacionalismo o regionalismo, fueron los escritores anteriores a la generación del 98, como Benito Pérez Galdós con *Miseria*, *Doña Perfecta* y *La de Bringas*; José María de Pereda con *Solileza*, *Peñas arriba* y *El sabor de la tierra*; Juan Valera con *Pepita Jiménez* y *Juanita la larga*. Y por último la llamada generación del 98 con Unamuno, Azorín, Valle Inclán, Pío Baroja, escritores que dieron su exacto valor a las costumbres del pueblo español.

En Francia es donde menos auge tuvo este género costumbrista, para pintar la sociedad francesa; fueron los periódicos los que ayudaron

al escritor en ligeros cuadros de costumbres cuyo mérito consiste en la gracia del estilo. Mercier hizo un cuadro galante de París, Jouy planeó una verdadera obra que abarca un aspecto muy amplio realizado por medio de artículos semanarios. En la mayoría de los periódicos parisienses empezaron a surgir estos artículos. La prensa provinciana, que siempre imitaba a la de la capital, incorporó a sus columnas estos artículos que se distinguían esencialmente de los de París y no sólo de ellos sino de los de los otros países, dando lugar a una serie de viajes, paseos, ojeadas, novelas cortas, etc. Se adopta también la llamada forma epistolar, cartas que se suponen escritas en este o en aquel país por viajeros o naturales de la región; en este género sobresalen Mme. de Staël y Montesquieu con sus *Cartas persas*. En la novela el representante de la burguesía francesa, Honorato de Balzac, nos presenta tipos y caracteres en *La comedia humana* y *Los pequeños burgueses*.

Diversos autores reunieron un conjunto de cuadros de costumbres en un libro titulado *París* y posteriormente el género fué cultivado en la novela realista y naturalista.

En todos los países han existido costumbristas; sería imposible pasar revista a la totalidad. En América el costumbrismo llegó por mediación de las otras literaturas o surgió como una respuesta a las necesidades de dar a conocer a los otros países este nuevo mundo haciendo aparecer las peculiaridades de cada pueblo, sus costumbres, sus vicios y sus virtudes. Fué cultivado con más o menos éxito y encontró representantes, poseedores de sus propias modalidades, que han contribuído a crear ese aspecto de la literatura conocido bajo este nombre: *Costumbrismo*.

EL COSTUMBRISMO EN FRANCIA

CUALQUIER época tiene sus defectos y sus virtudes. Si es en el pueblo francés, su carácter se modifica de un reinado al otro. De manera reconocible, el bien y el mal se suceden y se combinan para hacer nacer las virtudes y los vicios.

Así, la Francia sin valor caracteriza el reinado de Enrique IV, la intriga el de Luis XIV, con las enconadas luchas entre la Fronda y la Liga; Luis XIV hace surgir el gusto por el lujo, es el reinado de los grandes hombres, el amor a las letras, el orgullo de la moda, la ostentación, la etiqueta, el fanatismo y la hipocresía. La regencia se anuncia y el cuadro cambia, el desorden y la licencia se apoderan de la escena, surgen la imprudencia, la *debacle* y el libertinaje, al mismo tiempo que los ideales del patriotismo y de la independencia que dan fruto y germinan en la revolución. Los horrores de esta época, con sus vicios turbulentos y sus pasiones sin freno, alimentan la exaltación que se manifiesta en convulsiones continuas, intriga, ingratitud y escándalo.

Así la opinión espiritualista domina el siglo XIX¹; el siglo XVIII se había encontrado dominado por dos corrientes, la opinión creyente y la escéptica. Dentro del orden espiritual se puede invocar una revelación misteriosa, pero el principio de la espiritualidad se inaugura con *El genio del cristianismo* de Chateaubriand, en que se reúne el espíritu puro del cristianismo con el trabajo de la civilización. Los caracteres dominantes de este siglo serían la ciencia, la historia y la filosofía moral, así como la evolución política.

El costumbrismo no encuentra en Francia durante el primer tercio del siglo XIX verdaderos representantes, es más bien a fines del siglo XVIII y segundo tercio del XIX cuando surgen los costumbristas que habrían de culminar con la aparición de Balzac. El costumbrismo es siempre anterior a la aparición de la novela realista, porque para llegar a ella es necesario pintar poco a poco las cosas tal y como son por medio de cuadros y de diálogos que, hilvanándose más tarde y ahondando en el alma humana, producirán las novelas reales y llegarán hasta el naturalismo.

¹ A. F. VILLEMAIN. *Curso de literatura francesa (siglos XVIII y XIX)*.

Este afán de veracidad y de análisis llevaría a Francia más allá de la realidad, tratando de huir del énfasis y la hipocresía; esta verdad obligó a los escritores franceses a presentar todos los efectos sociales sin que una sola situación de la vida, ni la fisonomía, ni el carácter de un hombre o de una mujer, ni la profesión, ni la manera de vivir, ni una zona social, ni la infancia, ni la vejez, la política, la justicia o la guerra faltasen en sus observaciones. Se ahondó en el corazón humano rasgo a rasgo, para presentar la historia social en todas sus partes. En el siglo XVIII el Abate Prevost había escrito una reseña sobre el costumbrismo en Francia; a principios del XIX aparece la pintura de la vida de provincia y entre los años 1829 a 1854 se publican las obras de Balzac con su visión completa de la sociedad, con todos sus órganos, con su genealogía y sus familias: sus nobles, sus burgueses, sus artistas, sus campesinos, políticos y *dandys*. El estudio de costumbres que presentaba *La comedia humana*, dividida en: "Escenas de la vida privada", "Escenas de la vida de provincia", "Escenas de la vida parisense", "Escenas de la vida política" y "Escenas de la vida militar", constituía la culminación de un género de literatura que había dado lugar a tantas discusiones y controversias, a tantos ensayos y a tantas obras en todos los tiempos y de todos los autores, y que colocarían al lado de Hugo y de Musset valores como Jouy y Nerval.

GERARD DE NERVAL

Nerval es naturaleza que arde demasiado aprisa, que se deshace porque no le queda nada que le ligue a los hombres. Nace en 1808, siendo emperador Napoleón; hacía sólo 8 años que Chateaubriand había regresado del destierro, encontrando "una nación que parecía a punto de disolverse y comenzaba una vida nueva." Nerval había vivido años de esplendidez, disipando la herencia de su madre, viajando por Italia, Alemania y Oriente.

Su juventud se desliza en Hermenonville —bajo la tutela de su tío—, país cuyas leyendas extrañas le enseñaran a venerar a Venus y a Marte. Su madre, que le había abandonado muy niño por acompañar a su esposo que era médico del ejército de Bonaparte, no le supo guiar en la religión, y no fué sino hasta 1815 cuando una de sus tías hizo ver a Gérard la hermosura del cristianismo, y un inglés que vivía en la comarca le enseñó el *Sermón de la Montaña* y el *Nuevo Testamento*. Los primeros años de Nerval se encontraron influidos por las ideas de la Revolución Francesa, pues él mismo confesaba: "Mi educación ha sido demasiado libre y demasiado errante..." Como consecuencia de esta educación sus lecturas son

desordenadas, mientras su veneración por Juan J. Rousseau le llevó a escribir más tarde *La muerte de Rousseau*.

La época de Nerval marca una línea divisoria entre dos mundos distintos: el uno integrado por la cultura que declina, y el otro por el nacimiento de un mundo nuevo y extraño; Nerval es el resultado de la lucha entre estos dos mundos, no es sereno como los últimos clásicos, pero sí posee la desesperación exacerbada de los románticos, el escepticismo y la amargura de Baudelaire o de Zola; anuncia de lejos a los simbolistas y a los decadentes, es al mismo tiempo delicado, simple y amargo. Mucho influyó en él el romanticismo, pero no un romanticismo a la francesa, sino un romanticismo a la alemana, sobre todo al estilo de Goethe, que Nerval adaptó a su propia personalidad, mezclándolo con su fino espíritu francés. A su obra en prosa se le han encontrado cualidades de Watteau y Fragonard, porque a veces es sutil y melancólico. Se encuentra también influido por Heine que es, como él, profundamente triste.

Nerval es más bien sensaciones que sentimientos, impresiones vitales exacerbadas e irritadas que dan gran relieve a lo pintoresco, a los colores y a las formas. Hay una constante lucha entre sus dos amores simultáneos: el platónico espiritual, todo candor, que se desarrolla bajo los arcos de las capillas con un perfume de renacimiento y el amor carnal, bajo el marco de las candlejas de París. El primero se encuentra encarnado en *Silvia*, que es su apasionante autobiografía, su primer amor y sus recuerdos más risueños; sus impresiones de infancia y juventud, recortadas sobre el fondo de la vieja Abadía de Chaalais y las fiestas de la provincia que reviven las sensaciones del viejo país del Valois. Ama a Silvia y a Adriana castamente, con un amor imposible y vago, fuente de pensamientos dolorosos, mientras que *Aurelia* encarna su pasión terrena, imposible y desesperada.

Nerval es un enamorado de sus sueños y de su libertad, un bohemio fiel a un amor adolescente; su corazón tenía ternuras de niño y noblezas de hombre. Es una eterna contradicción, porque lo mismo se sumerge en la provincia para gustar del campo y de las sensaciones sencillas, que se ahoga en el infierno parisense, en el París oscuro, en el París canalla, en busca de placeres nuevos, encarnados en la actriz Jenny Colón de quien se enamoró locamente y a quien escribió cartas admirables. Fué poeta en toda su obra: teatro, novela, poesía; el amante perfecto, siempre enamorado de una cálida intimidad, buscando gracia, matiz, y una nueva profundidad para reflejar las almas en el paisaje, un paisaje trágico al estilo de Goethe o de las viejas leyendas de terror.

Gérard es atacado por períodos de locura y encerrado en el manicomio, de donde sale para volver a su vida bohemia de cafés y de teatros,

vistiendo y actuando a la romántica, pero soñando con los misterios de la Edad Media y de las viejas baladas. Es en el año 1841, cuando aparecen los primeros síntomas de su locura, que vuelven con intervalos de poco tiempo hasta que en 1855 —dos años antes de que el romanticismo decadente publicara las *Flores del mal*, de Baudelaire—, amanece colgado de una reja en la calle de la *Vieille Lanterne* en un suburbio del viejo París. La locura de Nerval es más hermosa que su sensatez; domina la segunda época de su obra, aproximándose a una manera estética que habría de concretarse en el simbolismo. Muchas veces aparece el pensamiento lírico conseguido en un solo verso, con imágenes propias, rodeadas de gracia enigmática, por lo que Nerval puede ser considerado como precursor de Mallarmé.

Nerval trata de trasladar al papel las sensaciones de su locura. En su obra *Aurelia*, dice: "Intentaré transcribir las impresiones de una larga enfermedad que se ha desarrollado íntegramente en los misterios de mi espíritu." Su locura surgió como consecuencia de que Aurelia (Jenny Colón) estaba perdida para él; para olvidarla, el poeta se aturdió en vulgares embriagueces. *Aurelia* es una obra en que el sueño se encuentra entretendido con la realidad; todo adquiere a su vista doble aspecto, son sentimientos analizados en una serie de visiones insensatas y enfermizas; allí "la razón escribe al dictado las memorias de la locura." Nerval purgaba los remordimientos de una vida locamente disipada en que el mal había triunfado frecuentemente sobre la virtud.

Nadie supo en realidad, obedeciendo a qué designios, puso fin a su vida, ya que nunca había sido partidario del suicidio. El mismo escribía: "La desesperación y el suicidio son el resultado de ciertas situaciones fatales para quienes en sus penas y alegrías no tienen fe en la inmortalidad."¹

La obra de Nerval comprende varios géneros. Al teatro contribuyó con obras como *Nicolas Flamel*, *El príncipe de los tontos*, *La dama de Carouge*, *Nuevo género o el café*, en que imita la *Comedia Nueva* de Moratín. Escribe dramas en colaboración con Dumas, como la titulada *Los Burkart*, otras como *El alquimista*, *El magnetizador* y *La selva negra*. Tiene poesías como "Los Escritores," en que pone de manifiesto la exaltación profesional, "Odas a Napoleón," "Los adioses de Napoleón a Francia," en que habla de este emperador; los "Cantos griegos y Cantos españoles" dedicados a su padre; las "Elegías nacionales" bajo la influencia de Casimiro Delavigne, etc. Escribe cuentos, leyendas y narraciones, traduce a Goethe, a Schiller, a Klopstock. Colabora en periódicos y en revistas como *El Mundo Dramático* y *El Fígaro*.

¹ *Aurelia*. Traducción española. Madrid, 1923.

Nerval no es costumbrista, sino más bien el iniciador de una nueva corriente. Si me he permitido incluirle en este trabajo es porque, como todos los costumbristas, sirve de base a la novela realista; además, escribió una obra costumbrista: *La bohemia galante*, que es una obra en que pinta al París canallesco, del *argot* y el *can-can*; posee episodios tan bellos como el titulado *La mano encantada*, en que mezcla la fantasía con la realidad, presenta tipos de los barrios bajos, se podría decir que de la llamada Corte de los Milagros, tan popularizada y tan deformada, con sus pilluelos, sus mujerzuelas y sus adivinadores, que a cambio de unas monedas dicen la buena ventura y son poseedores de secretos y de enredos. Es la reconstrucción histórica de una época y de un ambiente que pocos pueden describirlos sin falsearlos.

En *Noches de octubre*, nos conduce a través de París para conocer *La Maison D'Or*, con sus mujeres alegres y sus tertulias de agentes de bolsa, al restaurante del Mercado, a los cafés del Boulevard del Temple, al Majesty Theater, al Drury Lane, al Covent Garden o a la encantadora bombonera del Strand, dirigida por Mme. Celeste. Para rematar por fin en los bailes de los perros, en los toro-casas, ostra-casas, círculos, clubes o *saloons*, donde se saborean ostras de Ostende con *ragout* de verduras aliñadas con vinagre, pimienta y salsa acompañadas de sopa de cebollas, perdigón o pescado, con postre de frutas. El costumbrismo de Nerval no está hecho a fondo, no es retrato de tipos y caracteres, sino más bien la presentación del ambiente de determinada época, en el cual el fondo tiene más importancia que la trama o tema del cuadro.

Nerval es un artista hasta en sus más mínimos detalles, vibra en él el amor a la patria, como en *Paseos y recuerdos*, ese sabor a la campiña, ese afán de que sus mujeres tengan nombre de heroína campirana, aunque sus trajes y sus vicios sean parisenses; así presenta a *Las hijas del fuego*: Silvia, Jenny, Octavia, Isis, Corilla, etc. No podríamos encontrar humorismo en su obra, porque Nerval parece un habitante de la selva negra francesa; es allí donde concibe todos los matices del alma, de sus héroes más próximos, más humanos que los de otros autores, pero de una humanidad dolorosa, puesto que surgen de la pluma de un iluminado que hace brillar la estrella de su espíritu sobre los abismos de su desesperación.

VICTOR ETIENNE JOUY

Jouy es extraordinariamente fecundo. Escribió libretos de ópera, dramas y comedias, como los titulados: *La vestal*, *Las amazonas*, *Los abencerrajes* y *Guillermo Tell*, además de una tragedia: *Tippu sahib* en la cual

había sido en parte el protagonista. Nace este gran escritor en 1764 y muere en 1846. A los veinte años, después de haber servido en la Guayana, pasa a las Indias. Regresa a Francia en virtud de una intriga amorosa y escribe su obra capital constituida por la serie de *Los ermitaños*. En 1812 firma como *El ermitaño de la Chaussée d'Antin* una serie de artículos en los cuales se inspiraron Larra y Mesonero; este conjunto de cuadros de costumbres era una especie de correo entretenido, un ligero bosquejo de vida parisiense, en que sobresale la sátira, pero sin acritud sino llena de ingenio. Durante la Restauración continuó con *El ermitaño en provincia* y *Los ermitaños en libertad* en los que hay menos alegría pero más política.

Jouy tuvo desde un principio la intención de reunir algunos bosquejos de cuadros de costumbres dentro de un marco dramático, con su valor propio para mostrar a los ojos de sus lectores las observaciones en que se encontraba especialmente ocupado, observaciones que iban acompañadas siempre de una crítica fina que le ayudaba a crear un género especial de la literatura francesa durante esta época, y a lograr un mayor desenvolvimiento de los artículos periodísticos.

Como es natural, no faltaron personas que trataron de encontrar defectos en la pintura de sus caracteres, de sus modelos y de sus retratos; lo que le valió una reputación de malignidad. Pero esto en vez de apenarle contribuyó a su éxito, ya que por el solo hecho de que los demás le reconocieran alguna importancia a su obra, le dió fuerza a su trabajo para fijar sus propios caracteres y aplicar a la sociedad una pintura con rasgos generales y no particulares. Sus observaciones son resortes de crítica; y las personalidades y retratos, aportaciones a la sátira. Millares de críticos reconocen actualmente su valor como literato, al considerar la gravedad de las materias que trata y le consideran como una respuesta a los caprichos de la opinión y a la futilidad y vanalidad de la época.

Jouy vive en un país en donde las cuestiones de la más sublime moral, de la alta literatura así como de la más profunda erudición interesan vivamente a todas las clases sociales; no puede permanecer indiferente a este interés, desarrolla su observación y acomete temas que hasta entonces no habían sido susceptibles de desenvolvimiento. Los primeros artículos de la serie de los ermitaños comienzan a publicarse en 1812 y continúan durante los años 13 y 14. Jouy había escrito bajo el título de *Correspondance de l'hermite* una serie de artículos, encontrados más tarde entre sus papeles y destinados por él a formar la primera parte de su obra. Los artículos coleccionados años más tarde se publicaron bajo el título de *L'hermite de la Chaussée D'Antin, ou observations sur les moeurs et les usages français ou commencement du XIXe. siècle*. Esta colección abarca los géneros más diversos.

Hay artículos de costumbres como: *Les coquets, Les egoistes, Le Bureau de Deuil, L'Atelier du peintre, Le public, Journal d'une femme a la mode*, etc.

Artículos políticos, como: *Le salon de 1812, L'hermite de la Chaussée D'Antin o le café de Chartres, Le restaurateur*, etc.

Artículos filosóficos, como: *La morgue, Les nonces, Le mariage*.

Artículos históricos, como *Le gateau des Rois, Le palais-Royal, Saint-Honoré*.

Artículos de crítica, como: *Quelques vices a la mode*, en que critica la gula y hace la apología de la *gourmandise* y de la ingratitud. A este grupo pertenecen también artículos como los titulados "Las tres visitas", "Los novelistas", "El género sentimental", "Los amigos", "Comida de artistas", etc.

Todos estos artículos van acompañados de epígrafes de otros autores. Hace además citas para apoyar el tema de cada uno, como cuando dice a propósito del matrimonio, citando unos versos de Desmahis.

La jeune épouse de la veille
 Tout à-la-fois pâle et vermeille
 avait encor l'air étonné
 Et tout ensemble heureux et sage
 Laisait lire sur son visage
 Le plaisir qu'elle avait donné . . .

En algunos pasajes de sus artículos, Jouy es esencialmente sentimental; abandona la ironía para dejarse llevar por su corazón; filosofa y reflexiona sobre la vanalidad de la vida, como en el artículo en que describe la Morgue, como uno de aquellos sitios cuyo solo nombre está imbuido del espíritu de repugnancia: las impresiones que ese nombre despierta, los recuerdos que la imaginación exagera. La Morgue es, de los establecimientos de París, el más repulsivo, porque presenta el espectáculo piadoso y lúgubre de una ceremonia fúnebre, el alma melancólica de las tumbas, el aspecto imponente y terrible de un campo de batalla, las imágenes vagas y sangrantes del suicida, del asesinado o del desesperado; nos da una visión de la muerte en todo su horror, con lo que podrá explicarse la repugnancia que se siente a su sola vista que revive dentro del alma y del corazón un sueño espantoso.

Su crítica es exacta y certera y sus comparaciones acertadas; afirma que existen en la naturaleza dos fuerzas opuestas que reciben el nombre de centrífuga y centripeta, que aplicadas a la organización social podrían llamarse patriotismo y egoísmo. Este último es el más generalizado y se encuentra representado en la sociedad por un personaje clásico con sus características especiales, que son:

Sans amis, comme sans famille,
Ici-bas vivre en étranger
Se retirer dans sa coquille
Au signal du moindre danger...¹

A Jouy se le ha clasificado dentro de la literatura como el genuino costumbrista francés, émulo de Addison, rival de Sterne y un verdadero Sócrates en la pintura de las costumbres. Cultiva también el teatro, porque para él representa la imagen de la sociedad, ya que es más raro ver que una obra dramática influya en las costumbres que el que éstas influyan en los autores, porque la evolución del género teatral es una verdadera evolución social.

Jouy es grande no por la realidad de su obra, por su cadencia, ni por su color, sino por su profundidad y sencillez que constituyen una innovación en este género costumbrista y una verdadera aportación a las letras francesas.

EL COSTUMBRISMO EN ESPAÑA

Por los mismos años en que el romanticismo imperaba en las letras españolas, volvió a desarrollarse este género castizo y realista: el "costumbrismo." Los artículos de costumbres describían una escena, un tipo o una costumbre, en lo que tiene de típico y de pintoresco. En el fondo esta clase de artículos reclama verdad, interés humano, humorismo; y en el estilo, naturalidad y vivacidad.

Este género, cultivado por Juan de Zavaleta en su *Día de fiesta por la mañana*, y *Día de fiesta por la tarde*, fué resucitado por don Ramón de Mesonero Romanos en sus artículos publicados en 1820, y reimpresos en *Mis ratos perdidos* (1822) y por Larra en su revista satírica de costumbres *El Pobrecito Hablador* (1832-33) y artículos que ambos escribieron posteriormente. Vinieron después Estébanez Calderón con sus *Escenas andaluzas*, José Somoza que escribió *Artículos en prosa*, en que recuerda a España, pero una España romántica como para entusiasmar a Gautier; José María de Pereda con sus *Escenas montañesas* y Antonio de Trueba con sus *Escenas vascas*, sus *Cuentos color de rosa* y *Cuentos campesinos*. Estos autores son los principales que registraron los tipos y costumbres de España en la primera mitad del siglo, antes de que lo típico nacional cediera paso a lo moderno europeo y tratara de imitar a París.

MARIANO JOSE DE LARRA

Nace este gran escritor el 24 de marzo de 1809, en Madrid; estudia en un colegio francés, pero deseando su padre que aprendiese el idioma castellano, lo envía al colegio de San Antonio Abad donde además estudia latín. Más tarde ingresa en la Universidad de Valladolid, para estudiar Filosofía y Leyes; no se sabe por qué circunstancias se vió obligado a abandonar su carrera, y a desempeñar un empleo en Madrid. Se afirma que un gran suceso intervino en su vida, convirtiéndolo en triste y melancólico. Hacia 1832 comienza a publicar *El Pobrecito Hablador* bajo el seudónimo de *El Bachiller don Juan Pérez de Munguía*, publicación que interrumpe en 1833, debido a que el gobierno se volvió absolutista; sólo alcanzó a

¹ *L'hermite de la Chauvete D'Antin*. Pág. 101, 8ª edición. París, 1817.

publicar en total catorce números. En esta publicación zahirió las malas costumbres, los hábitos arraigados, la sociedad, la familia, el individuo, lo reprehensible y vicioso, todo satirizado en un tono burlesco y jocoso en que nada perdona. Esta burla es en ocasiones demasiado alegre, aunque en realidad la vida de Larra fué triste y lamentable, pero el público creía lo contrario. Así lo dice el propio poeta: "Supone el lector en quien acaba un párrafo mordaz de provocar la risa, que el escritor satírico es un ser consagrado por la naturaleza a la alegría y que su corazón es un foco inextinguible de esa misma jovialidad, que a manos llenas prodiga a sus lectores. Desgraciadamente, y es lo que éstos no saben siempre, no es así."¹

Muchos de los artículos de Larra son la consecuencia de los sucesos históricos que asolaron a su patria. Es la época en que Fernando VII se encuentra enfermo (1832-34) y Zea Bermúdez preside el Consejo de Ministros, siendo enconada la lucha con el partido liberal. Más tarde muere el rey y la regencia es desempeñada por la reina Cristina. Entonces se desatan la guerra civil en Talavera, los alzamientos carlistas en Vasconia, Navarra y Aragón. En Madrid cunde el terror, debido a la epidemia del cólera; se suceden los saqueos de los conventos, el asesinato de los religiosos, mientras el gobierno era imponente para controlar a los descontentos (1835-36). Se hacen instancias a Inglaterra, Francia y Portugal para que ayuden a España en su lucha contra el carlismo; éstas envían tropas y se provoca una situación de terribles anomalías. Esta difícil época ha sido descrita por Larra en sus artículos titulados: "De 1830 a 1836 o la España desde Fernando VII hasta Mendizábal" (primera y segunda partes).

En 1833, la política se encontraba en auge con el surgimiento del bando carlista y Larra era invitado a colaborar en *La Revista Española*, en donde escribe artículos de crítica literaria y teatral bajo el pseudónimo de *Figaro*. El año de 34 colabora en el periódico *El Observador*. Viaja por Lisboa, Londres y París, y regresa a España en 1835, año en que colabora en *El Español*. Es nombrado diputado por la provincia de Avila, pero fracasa, y al fin se suicida el 13 de febrero de 1837.

Para comprender la psicología de Larra es necesario penetrar en el interior de su alma triste y melancólica, y conocer los sucesos que provocaron en el hombre esa melancolía. La falta de una madre comprensiva que influyera decisivamente en su niñez y adolescencia, produjo esas decisiones bruscas, tempestuosas, así como el trastorno de su sensibilidad; además, por esta misma carencia de vigilancia, su educación fué desordenada y sus lecturas copiosas e inadecuadas. Su padre influye decisivamente en él, pero es un padre estafalario, culto pero extravagante.

¹ Colección de artículos dramáticos, políticos y de costumbres. Publicados en los años 1832, 1834 en la *Revista Española* y *El Observador*. ("De la sátira y de los satíricos.")

El amor de don Mariano por las cosas populares surge en la época en que se encuentra sujeto a un empleo burocrático: afán de frecuentar los teatros, los cafés, las tertulias y los salones literarios. Sus viajes por otros países provocan dentro de él una pugna contra el régimen español, tan lleno de faltas, y esta irritación se manifiesta de una manera sarcástica o irónica; critica el afán de afrancesamiento del pueblo español y aconseja combatirlo por medio de la educación y la instrucción, ya que los españoles son la gente más perezosa que existe, y a todo dicen "Vuelva usted mañana." Analiza los defectos de sus compatriotas, su patriotismo exagerado, las costumbres y modales de aquellos que confunden lo castizo con la mala educación, como lo expone en su artículo "El castellano viejo," en que nos demuestra que el tipo del castellano neto no es el personaje legendario, sino un tipo zafio, vulgar y pesado que equivale a una plaga.

Larra trata de crear un cuadro de costumbres, que condena a toda una época o a toda una clase, porque no sólo se encuentra en pugna con la sociedad exterior, sino también, como carece de afectos familiares, está en pugna asimismo con la familia. Sentía por los hombres recelos y desconfianzas; tenía un genio duro, desigual y poco sufrido. Se puede decir que era un misántropo. Rehuía la sociedad y explica que su odio ha brotado debido a que los demás son malos, tanto como para curarlo de su deseo de estar en sociedad y son sobre todo egoístas. "En la sociedad no se puede hacer nada —dice— que sea inocente, ni con buen fin, ni aun sin fin."¹ Esto hace que se encuentre desencantado, que nada le llame la atención, porque no existe ni la bondad ni la justicia y todo no es más que palabras: gloria, ciencia, arte; palabras huecas. Después de llegar a esta conclusión, sólo una lágrima preñada de horror y desesperación surcaba sus mejillas, mientras esperaba una mañana que no traería nada nuevo o que no habría de llegar.

Larra posee una sensibilidad agudizada, exaltada, un perpetuo afán de contradicción y una profunda vida espiritual; me atrevo a afirmar que su sensibilidad evoluciona a lo largo de sus artículos diarios. Su crítica es jovial, sagaz, penetrante, "...reírnos de las ridiculeces, esta es nuestra divisa —confesaba—; ser leídos, este es nuestro objeto, decir la verdad, este es nuestro medio." Sus ataques son valientes, sin importarle las presalias ni aun lo que pueda decir la posteridad, pero nunca ni en sus más punzantes críticas abandona la decencia y el buen gusto. Explica por qué le llaman satírico: "Por haber dado en la gracia de ser ingenuo y decir a todo trance mi sentir, me llaman por todas partes mordaz y satírico; todo porque no quiero imitar al vulgo de las gentes que o no dicen lo que piensan, o piensan demasiado lo que dicen."

¹ *Artículos de costumbres*. ("El castellano viejo," pp. 23-32) 2ª edición. Colección Austral. Bs. As. 1945.

La nota sobresaliente en *Figaro* es su espontaneidad. Su prosa es limpia y clara, difiere sobremanera de la de Mesonero o Calderón, porque en ellos se nota la influencia de los libros, mientras que en Larra no es sino la propia sensación. Es tan veraz, que cuando se ha basado en datos de otro autor, lo confiesa, como en el artículo "¿Quién es el público y dónde se encuentra?", que es un arreglo para el pueblo de Madrid de la crónica que Jouy había escrito para su colección de *L'hermite de la chausée d'Antin* bajo el epígrafe de "Qu'est que le public, et ou se trouve-t-on?"

El conjunto de los artículos de *Figaro* podría clasificarse en los siguientes grupos:

- a) Artículos de costumbres.
- b) Artículos políticos y sociales.
- c) Artículos de crítica literaria y artística.

Entre sus artículos de costumbres sobresalen: "La vida de Madrid," "La diligencia," "El duelo," "Los calaveras," etc. En "La vida de Madrid" nos describe los paseos de aquel tiempo, de la Puerta de Atocha a la de Recoletos, para ir más tarde a comer a Genieys o al Comercio.

Larra afirma que los artículos de costumbres se hacen investigando, coordinando y reflexionando; el escritor de costumbres no debe escribir para esta o aquella clase de sociedad, sino que debe ser imparcial, porque ni los colores que han de dar vida al cuadro de costumbres de un pueblo o de una época se pueden tomar por un cálculo determinado, sino que el escritor de costumbres no debe desdeñar salir de su brillante "ront" o del sarao más elegante para pasar a los mercados públicos.

El mismo *Figaro* nos explica cuándo comenzó a cultivar este género: "Con la publicación de *El Pobrecito Hablador* empecé a cultivar este género arriesgado; bajo el ministerio de Calomarde, *La Revista Española* me abrió sus puertas y sus columnas en tiempos de Cea, y he escrito en *El Observador* durante Martínez de la Rosa. He escogido todo lo que alude al estado de nuestras costumbres, de nuestra literatura, de nuestro teatro y de nuestras vicisitudes y parcialidades políticas durante los años de 1832, 33 y 34."¹

Escribió bajo los siguientes pseudónimos: *El Duende Saltrico*, *El Pobrecito Hablador*, *El Bachiller Mungula*, *Figaro* y *Andrés*.

Don Mariano poseía un talento maravilloso para encontrar el lado ridículo de los hombres y de las cosas; sobresalía en hacer resaltar los contrastes de todo género y nadie le igualaba en el arte de decir lo que quería y como quería. Su estilo es ligero y agradable como su sátira política lo requería. Escribe artículos políticos contra el bando carlista, como los titu-

lados: "Nadie pase sin hablar al portero," "La planta nueva o el faccioso," "La junta de Castello-Branco," etc., pero jamás dictó sus juicios la pasión o el espíritu de partido y siempre supo distinguir entre la sátira y la diatriba.

Escribió también artículos de crítica literaria, artística y teatral, comedias y una novela histórica titulada: *El doncel de don Enrique el Doliente*, escrita en prosa con epígrafes del *Romancero Nacional*, del *Cantar del Mio Cid* y de otros textos. Escribe comedia, como *No más mostrador*, *Maclas*, *Don Juan de Austria*, *Felipe II*, estos últimos son dramas históricos. En literatura Larra era partidario de las innovaciones, que rejuvenecían la lírica. Enemigo de las trabas que el clasicismo ponía, fué uno de los primeros apóstoles del romanticismo. Su romanticismo era menos teatral que el de Espronceda, pero más hondo. Amaba el progreso y la novedad, todo lo que pudiera estar simbolizado en la palabra "libertad." Por ser romántico se encuentra inconforme con todo lo que lo rodea y por ello tiene también una muerte romántica. Opina que la única regla que debe seguir una comedia es la de producir dinero y no reglas de unidades ni mucho menos; ridiculiza a los franceses que decían: "...que hagan los españoles dramas sin reglas *mais nous*, nosotros, que no somos españoles y que no sabemos por consiguiente hacer comedias malas; *mais nous*, nosotros, que hemos introducido en el Parnaso el melodrama anfibio y disparatado, lo que nunca hubieran hecho los españoles... *mais nous*, nosotros, que tenemos más orgullo que literatura..."

Así es Larra, siempre en pugna con la realidad —idealista con una visión hacia horizontes que sus contemporáneos no imaginaron jamás—, cuya rebeldía lo conduce por fin a la muerte, lo mismo que su loco amor, imposible, por una mujer casada. El ya presentía su muerte, como se nota en su artículo "*Figaro* en el cementerio" en ocasión del día de difuntos de 1836, en que dice: "La campana parecía vibrar más lúgubre que ningún año, como si presagiara mi propia muerte. Quise refugiarme en mi propio corazón, lleno no ha mucho de vida, y no hallé nada..."

La filosofía de Larra es honda, desgarradora, penetrante; filósofa sobre la realidad de la vida, que llega a estudiarla a fondo, así como todos los móviles que mueven a los hombres: su egoísmo, su vanidad, el afán de parecer lo que no son y buscar noche y día la verdad sin encontrarla escrita. *Figaro* es un hombre desengañado de sus semejantes: no existen para él los amigos, y las mujeres son todas falsas. Los hombres de mundo cambian de opinión a cada rato, apostatando de sus principios y sin embargo se llaman hombres de honor y de carácter. No poseen misericordia para el caído y no dan su piedad sino al que no la necesita. Así en "Los barateros o el

¹ *Artículos de crítica.* ("Treinta años o la vida de un jugador," crítica a M. DUCANGE por su "La vida de un jugador.") Barcelona, 1833.

¹ Colección de artículos dramáticos, políticos y de costumbres. Barcelona, 1833.

desafío y la pena de muerte", analiza Larra el derecho que tiene la sociedad para disponer de la vida de un hombre que ha quedado fuera de la ley. Ahonda también en otros temas como el que trata en el artículo titulado "Las palabras," en que reflexiona sobre el don que Dios concedió al hombre de poder expresarse con palabras, aunque en la mayoría de las ocasiones éstas no sirven sino de medio para engañarse unos a otros y triunfar el fuerte sobre el débil.

La psicología de Larra se encuentra perfectamente hermanada con su obra. Como costumbrista posee suficientes méritos, como para que su obra hable por sí misma, aunque en mi concepto sus mejores artículos son los de tema político; sin embargo, sus tipos, sus costumbres, sus análisis, son perfectos, lo que le da derecho a que se le considere uno de los mejores costumbristas españoles.

RAMON DE MESONERO ROMANOS

Es el más renombrado costumbrista después de Larra. Podría afirmarse que es el genuino representante de la burguesía dentro del costumbrismo español. Su niñez se desarrolla en pleno desbarajuste, pues España se encontraba invadida por Napoleón. Don Ramón crece en el seno de una familia acomodada, ya que su padre era un rico banquero de Salamanca que deseaba para su hijo lo mejor. Mesonero había nacido en Madrid, el 12 de julio de 1803; estudia humanidades en el Instituto de San Isidro y a la muerte de su padre se hace cargo de todos sus negocios. Como se encuentra en una situación económica desahogada, puede dedicarse libremente a cultivar sus aficiones literarias. Esto lo diferencia de los demás escritores, pues casi todos eran pobres y luchaban para poder vivir, mientras don Ramón llevaba una vida tranquila, un poco burguesa; no se encuentra continuamente atormentado como Larra, sino que es bondadoso, dulce y amable con todos.

Inaugura sus artículos de costumbres con los publicados en 1820 ("Navidades," "Puerta del Sol," "El Prado," etc.) coleccionados dos años después bajo el título de *Mis ratos perdidos* o *Ligero bosquejo de Madrid en 1820 y 21*. Asiste a los liceos literarios y a los cafés, pero violentado por la política se ve obligado a salir de Madrid. Se refugia en Cádiz, donde sirve como miliciano nacional, pero pronto regresa para volver a ser el pacífico escritor. Trata de fundar con sus amigos escritores el primer Ateneo en la librería de don Tomás Jordán, en la calle del Prado, esquina a San Agustín. Más tarde llega a ser cronista de Madrid y en 1838 es miembro de la Real Academia.

Se empeña en restaurar el teatro clásico, logrando que se representen en el Teatro del Príncipe y en el de la Cruz refundiciones de Tirso y de Lope de Vega. Alienta además al periodismo con sus artículos plácidos y crítics en que escudriña la conciencia. Colabora en revistas como: *Cartas Españolas*, *El Semanario Pintoresco*, *La Revista Española* y *El Diario de Madrid*, bajo el pseudónimo de *El Curioso Parlante*.

De 1833 a 1835 viaja por Francia e Inglaterra, tiempo en que acaece la muerte de Fernando VII, y cambia el sistema político, se realizan las Cortes, se promulga el Estatuto Real y la guerra civil hace variar el carácter de las costumbres españolas. Fruto de laboriosas investigaciones en los archivos de la Corte es su obra, publicada en 1831, titulada: *El Antiguo Madrid (Pasos histórico anecdóticos por las calles y casas de esta villa)* es una descripción topográfica e histórica de la ciudad en tiempos pasados, con sus calles y edificios.

Sus artículos más importantes se encuentran publicados en tres series:

a) *Panorama matritense* (primera serie de las escenas) publicado en 1832 a 1835. El carácter dominante de estas escenas fué el de reivindicar la fama del carácter y las costumbres españolas, tan desfiguradas por los novelistas y dramaturgos extranjeros, oponiendo a ellos una pintura sencilla e imparcial, enalteciendo sus virtudes, castigando sus vicios y satirizando sus ridiculeces y manías. Todo se halla desarrollado por medio de bosquejos o de cuadros, ayudado por una acción dramática y un diálogo animado y castizo, que permite considerar la sociedad bajo todas sus fases, con exactitud y colorido. Publica el primer artículo de esta serie, en enero de 1832, bajo el título de "El retrato" en la revista *Cartas Españolas*. Este género costumbrista no era nuevo en España, pero Mesonero lo resucita al tener noticia de los ensayos que se habían hecho en otros países por escritores como Adisson o Jouy.

b) En 1842 publica la segunda parte del panorama matritense, bajo el título de *Escenas matritenses*, que abarca los años 1836 a 1842. Mientras en la primera parte se notaba la timidez del escritor ante la censura y su falta de práctica en el estilo, ya en esta segunda hay intención filosófica, más madurez, más soltura, razón, energía y vitalidad.

c) Un conjunto de escenas animadas con su pequeño argumento, diálogos chispeantes y graciosos con intención moralizadora, escritos en un estilo claro, natural y de sabor castizo, acompañados de una sátira fina y jovial, tal es el contenido de la obra publicada bajo el título de *Tipos y caracteres*, en 1862.

Escribe también sus *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica (1840-41)*. Su *Gula de Madrid* para los forasteros es una descripción de la ciudad

admirablemente trazada con lo que Madrid tiene de verbenero, mañanero y nocherniego, por las calles y las callejas de la ciudad cumbreal de España; con sus cafés como El Parnasillo y con la encrucijada de teatros que era la plaza de Santa Ana. Describe los edificios acariciando las fachadas y las rejas de hierro forjado, analizando los títulos de las tiendas y los nombres de las calles y las plazas.

Don Ramón es el madrileño neto que ahonda en el alma de su pueblo con el cariño de un abuelo, como lo demuestra en sus *Memorias de un selentón natural y vecino de Madrid*, publicadas en 1880 en la *Ilustración Española*; este es volumen póstumo, pues muere en 1882. Su obra es un conjunto de cuadros con pinteladas de Goya, cuadros que se realizan, lo mismo bajo el ardiente sol de verano, o bajo la tristeza del melancólico invierno madrileño, con sus paseos al Prado, sus salones, sus teatros, sus personajes; la maja al estilo de Goya, la manola de mantilla con su peineta elevada y sus claveles sobre el hombro, paseando por las Delicias o por la Puerta de Alcalá o de Atocha, y luciendo su garbo y desenfado en las tardes de toros llenas de luz y de alegría. Los *cataveras* que se dedican a charlar en los jardines del Retiro o en los prados del Jardín Botánico; los bailes de candelil con los *chuleros* natos envueltos en su inseparable capa, para quienes sólo dos cosas son indispensables: su manola y su navaja, y que hacen el amor a las cigarreras o costurerillas, tan gitanas y tan dicharacheras. Todos estos personajes, fielmente retratados con sus miserias y dolores, como don Homobono Quiñones, el tipo clásico del cesante.

Mesonero tomó muy en serio el papel que se le atribuía de inventor del artículo de costumbres en España, que halló por su propio esfuerzo, según decía (*Memorias de un selentón*, 2º tomo), persiguiendo su objeto de trazar el retrato de Madrid moral y social que completa con el de Madrid físico en su *Manual de Madrid, descripción de la villa y de la Corte* (1831) y relega a Larra como imitador suyo. Pero, con anterioridad, Larra había escrito en *El Duende Saltrico del Día* en 1828, tres artículos de costumbres imitando a Etienne de Jouy. Algunos autores acusan a Mesonero de haber sido tan sólo imitador de Larra, pero esto no es exacto, ya que mientras *Figaro* cultivó más la sátira política y la censura o el retrato de los hombres de su época, Mesonero sólo quería pintar el tipo del hombre común y corriente. Tampoco imitó Mesonero a los extranjeros, sino que procuró tener presentes a los buenos escritores del siglo XVI y XVII para seguir sus huellas en la intención y el estilo.

Con Mesonero el género de costumbres adquirió una rápida popularidad, porque además de las costumbres, encerraba las condiciones de un drama o de una novela. Si queremos verdaderamente conocer a España hay que leer a Mesonero en artículos como:

"La calle de Toledo," "Las ferias," "La comedia casera," "La casa antigua," "La procesión del Corpus" y otros.

Si preferimos los artículos en que se nota la influencia extranjera en España, tenemos: "Las costumbres de Madrid," "Las tiendas," "Riqueza y miseria," "La políticomanía," etc.

Si se quiere sorprender la lucha entre las viejas costumbres nacionales y el espíritu innovador, pueden leerse: "El extranjero en su patria," "La vuelta de París," "El sombrero y la mantilla."

Mesonero ha observado muy a fondo las costumbres de su país, completando su colección con artículos contra ciertas corrientes o tipos literarios, como "El romanticismo y los románticos," artículos contra los gobernantes de su país, como "Riqueza y miseria" o artículos filosóficos como "La casa de Cervantes" y "El camposanto."

Larra escribió un juicio acerca de Mesonero que es sumamente acertado; dice de él: "Es uno de nuestros pocos prosistas modernos, culto, decoroso, elegante, florido a veces y casi siempre flúido en su estilo, castizo y puro en su lenguaje y muy a menudo picante y jovial." Condiciones reunidas en una pieza teatral que escribió en 1827 bajo el título de *La señora de protección y escuela de pretendientes*, basada en algunos de sus artículos, como "El amante corto de vista" y "Los paletos en Madrid."

Mesonero se encontró también influido por los escritores franceses, especialmente por Jouy, pero supo resumir esta influencia y la adaptó a la sensibilidad castellana, para pintar un Madrid con todo su aspecto castizo en la época en que la sociedad española tendía a convertirse en una lejana imitación de París. Es más jovial y más sencillo que Larra y puede ser considerado como uno de los mejores costumbristas españoles del siglo XIX.

SERAFIN ESTEBANEZ CALDERON

Nace en Málaga, en 1799, y muere en Madrid en 1867. Licenciado en Derecho, profesor de griego, árabe, retórica y poética; político, novelista, historiador y poeta. Su cultura es muy amplia, particularmente en lo que se refiere a la historia, la lengua y la civilización de los árabes. Ocupó altos puestos políticos y escribió bajo el pseudónimo de *El Solitario*.

Sus poesías festivas y sus novelas como *Cristianos y moriscos* (1838) están hoy olvidadas, mientras que sus artículos de costumbres, coleccionados bajo el título de *Escenas andaluzas* (1847), han perdurado, porque son la mejor reproducción de personajes y de cuadros andaluces, escritos en un estilo elegante, lleno de gracia y espiritualidad, en que retrata los tipos del bajo pueblo de Andalucía, sus ocupaciones y diversiones, en sus casas, en

la calle, en la feria, en la taberna; además hizo célebres a personajes como: Manolito Gázquez el sevillano, Don Opano, el Bachiller Gárzoles y otros.

Conocedor a fondo de las artes y costumbres populares, las lleva al papel con el esmero del artista que se recrea poniéndolas de relieve en pormenores típicos. Escenas como: "Los filósofos en el figón," "La rifa andaluza," "Un baile en Triana," etc., son documentos históricos para las generaciones futuras. Su lenguaje recio, castizo y abundante, ha sido criticado diciendo que es arcaico y, además, excesivo en el uso de "dichos" populares. Pero no es verídico que su lenguaje sea arcaico, sino que como se inspiró en el lenguaje vivo del pueblo, que es expresivo y rico en modalidades, da esa sensación de arcaizante.

Analiza al pueblo español, presentando a los hombres con sus virtudes y defectos, pero netamente andaluces, lo que hace resaltar aun más el regionalismo español; en sus líneas se nota que está orgulloso de su sangre morisca, que ha dado esa belleza oriental a sus mujeres de pie pulido, de cabeza airosa, de busto griego y brazos mórvidos que provocan exclamaciones y piropos tan castizos en las fiestas y los bailes, como éstos: "¡Eche usted más ajo al pique!" "¡Movimientos y más movimientos!" "Zas, pañada; rechiquetita, pero bien dada."

Estébanez Calderón posee conocimientos de todas clases, hace referencia a los bailes andaluces como la *gallarda*, el *bran de Inglaterra*, la *paivana*, la *haya*, el *bolero*, la *caña*, y otros descendientes legítimos de la *zarabanda*, la *tana*, y el *ole*. Presenta costumbres completamente extrañas para los no castellanos, por ejemplo, cuando dice: "... Después de la romería de la Virgen y a eso de si son luces o no son luces, entraremos, de vuelta, en casa de la Mágina y allí apuraremos entre cuatro amigos leales una pirula del de Yunquera con unos mostachones de canela y otros dulces de Andales que saben a gloria y después caeremos en casa de la Vicaria a ver los juegos de narro..."² Asimismo usa vocablos desconocidos para designar cosas a las que nosotros aplicamos otros nombres, como cuando dice: "Vuesamercedes no saben lo que es un *roque*, porque ignoran qué cosa es un *bronquis*; y no se pescan lo que es un bronquis y un roque, porque no han viajado por Andalucía, y si por allá han andado no han visitado ni asistido a ciertas y ciertas actividades, escenas, bureos, bailes, friscas y saraos de candil."³

Podría decir que presenta la España de adentro, toda color y alegría, porque él mismo afirma: "Yo, queridas amigas, tengo ciega pasión

¹ *Escenas andaluzas*. (Artículo "Un baile en Triana", p. 116.) Colección Austral. Buenos Aires, 1943.

² *Ibid.* (Artículo "El roque y el bronquis," p. 81.)

³ *Roque*: aviso para empezar una bronca. *Bronca*: la bronca en sí.

por todo cuanto huele a España, principiando por las españolas." Por eso nos traslada a las ferias de fandango y rasgue de guitarras en que se cruzan coplas castizas como éstas:

Me estoy muriendo de sed
teniendo aljibe en mi casa,
pero alivio no lo encuentro
porque la sogá no alcanza.¹

Al referirse a algunas cosas como el tabaco y el bolero, nos demuestra por medio de hondas reflexiones sus virtudes y defectos en contraposición, nos cuenta la historia de cada uno de ellos, y acompaña cada artículo con citas latinas; este afán por las citas se nota en todos sus artículos, pues cada uno de ellos lleva como epígrafe una cita de Góngora, del *Romancero General* o de Baltasar de Alcázar y aun de otros autores como el Padre las Casas.

Calderón fué un buen poeta, un escritor vivaracho y un copioso e ingenioso prosista, maestro en las disputas literarias y célebre por el soneto en que retrata al bibliógrafo extremeño Bartolomé J. Gallardo; obras que lo colocan entre los mejores escritores.

¹ *Escenas Andaluzas*. (Artículo "La rifa andaluza," pp. 9-17.) Colección Austral. 2ª edición. Buenos Aires, 1943.

ANTECEDENTES DEL COSTUMBRISMO EN MEXICO

EN MEXICO no había llegado en el siglo XIX a un gran desarrollo el estudio del costumbrismo, quizá porque la misma época de revueltas y confusiones políticas no se había prestado para ello, o porque careciendo de tiempo no podían dedicarse nuestros escritores a una investigación erudita, necesaria para tales estudios. Los primeros ensayos de que tenemos noticia aparecen en la literatura mexicana en los llamados "pamfletos" del genial Juan Bautista Morales, mejor conocido por *El Gallo Pitagórico*. Hasta entonces no había sido puesto en pie un torrente más caudaloso de costumbres mexicanas que las que surgen al conjuro genial de su pluma.

La intención que surge con Morales, es una prolongación de la de Lizardi. Este comienza a publicar sus escritos en 1812, comentando los sucesos más importantes de la colonia en el lenguaje mismo del pueblo, con sus modismos, incorrecciones y chocarrerías, en "el modo de decir de los payos." En sus líneas encuentra expresión la sociedad de principios del siglo XIX, con su desfile de *currutacos*, de *catrines* y *petimetres*; es la vida de un pueblo diferente, que ha llegado a distinguir ya sus costumbres propias y sus tipos genuinos. *El Pensador* es más bien fotógrafo que pintor, poseía un odio profundo al vicio y al abuso de autoridad, y como amaba la virtud y la justicia, casi toda su obra es de tendencia moralizadora. Con él no sólo surge el costumbrismo, sino que necesitando esta clase de literatura de una forma de expresión propia, hace nacer la novela con la exacta observación de tipos y costumbres, por lo que *El Periquillo Sarniento* entronca directamente, podríamos decir, con la picaresca española.

Más tarde se produce otro brote de sustancia vernácula en la novela de Luis G. Inclán, quien con *Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja, o los charros contrabandistas de la Rama* (1865-66) señala la genuina vida en el campo, dentro del paisaje mexicano. Descrito con su verdadera fuerza y color, con la honestidad y hombría de sus personajes, logra trazar un cuadro exacto de costumbres.

Narrador único, con gran facilidad para unir episodio tras episodio de sus largas novelas, se distingue don Manuel Payno con su rico caudal de costumbrismo y su serie de largas aventuras, basadas en un magnífico

archivo de documentos históricos, sin ninguna preocupación por el estilo, sino sólo por la narración.

Inmediatamente después surge la figura de Guillermo Prieto, sentimental, amoroso y heroico, quien guiado por un sentimiento netamente popular, convierte el embrión de costumbrismo en algo verdadero, materializado, que bajo su pluma cobra verdadera forma. Aunque en bruto, surgen ya los cuadros de costumbres que habían de llegar a su cúspide en manos de Cuéllar y de Rafael Delgado, y cristalizarían con rasgos decisivos en *Micróis* y en Mariano Azuela. José Tomás de Cuéllar brota al conjuro de un mágico proverbio, con su vena implacable que no perdona, con su risa en que hay una crueldad monótona, que a veces raya en locura, casi sin comprensión humana, pero con gran afán moralizante; en contraposición con la sensibilidad exquisita de Delgado, que encuentra placer en asuntos sencillos y emocionales, acercándose más a *Micróis* porque ambos están llenos de piedad y de emoción.

Podría señalar innumerables autores en cuyas obras se encuentran rasgos costumbristas, lo cual sería demasiado extenso; en nuestra literatura casi todos los autores tienen rasgos nacionales, como por ejemplo Vicente Riva Palacio, cuya novela es histórica pero con influencia nacional en que sobresale la pintura de las costumbres. Juan A. Mateos con *La Monja Alférez*; Olavarría y Ferrari con sus treinta y seis novelas en que pinta la vida nacional y otros más.

EPOCA ANTERIOR A GUILLERMO PRIETO

Cuando se refiere uno a las reales palpaciones de nuestra tierra y nuestro pueblo, al alma verdadera de la patria, aparece por su propio derecho, al lado de escritores como el *Penador Mexicano* y Juan Bautista Morales, la discutida figura de Guillermo Prieto. Su vida abarca casi todo el siglo XIX y basta asomarse a ella para conocer paso a paso la historia azarosa de nuestro pueblo en aquellos días; leer a Prieto es vivir la agonía de una patria que se debate en un inútil afán de paz; es el siglo de los oportunistas, en que se presentan los prevaricadores, los demagogos y los aventureros farsantes bajo el disfraz de apóstoles; prevalecen los cuartelazos, las invasiones, el oprobio y el horror, y en medio de este caos surge la voz potente del poeta que exalta lo mexicano, lo que es nuestro y que por eso mismo debe importarnos. La obra de Prieto es la palpación de un lapso decisivo en la vida de México, una vida descrita en todos sus aspectos: social, político, espiritual y literario. Prieto forma parte del grupo de hombres decididos y audaces que en medio del caos de esta época están dis-

puestos a forjar una patria sin más recursos que su amor al suelo que lo vio nacer, y su voluntad, que es la fuerza creadora que ha de arrostrarlo todo; estos hombres son producto del medio y han nacido para él.

No basta la historia para darnos conocimiento cabal de la vida de un pueblo. Tratándose de una vida tan agitada como fué la de México en la primera mitad del siglo XIX —cuando los escritores exaltados escribieron la historia desde el punto de vista de sus ideales políticos, y nos dan una visión de conjunto—, hay que descender al corazón del pueblo para saber cómo sentía, lo mismo los de abajo que los que pertenecían a las clases aristocráticas, así como para conocer la vida de farándula inmediatamente posterior a la Independencia de México en que se trataba de formar una nacionalidad en medio de un ambiente hostil y doloroso.

México estaba dividido en dos bandos, los que aspiraban a un gobierno colonial con un monarca absoluto, y los que pretendían el establecimiento de un gobierno nuestro esencialmente liberal. Formaban el primero los españoles y los criollos, pertenecientes a las clases acomodadas que veían desaparecer sus privilegios, y que esgrimían como defensa el llamado "Derecho Divino" depositado en el rey de España, así como la fuerza apoyada en el poder eterno de la Iglesia, que dominaba y poseía más de la mitad de las riquezas de México. El segundo partido estaba constituido por los mestizos, pertenecientes a la clase media, y por el pueblo que había despertado de su largo letargo gracias a las ideas de la Revolución francesa y a la miseria reinante en todo el país. Su tendencia se apoyaba en la masa proletaria y formó su minoría con los intelectuales mexicanos. Esta lucha entre ambos partidos era desigual, pues mientras los conservadores opusieron la fuerza del dinero y el dominio que tenían en la conciencia pública, haciendo un llamado de solidaridad a los españoles por ser los representantes de la antigua España feudal; los liberales, que carecían de dinero, se agruparon en torno de los intelectuales, hicieron armas de los periódicos y pasquines y encontraron apoyo y simpatía en los ingleses y norteamericanos.

Para construir una patria nueva era necesario destruir el pasado y la tradición que convenía sólo a unas clases sociales. Para ello debía sangrar la patria, pues mientras unos luchaban por destruir ese pasado, los otros querían conservarlo y así surgieron las constituciones y los gobiernos que se sucedieron interminablemente desde el año 1821 hasta la restauración de la república en 1867, que significó la derrota política definitiva del Partido Conservador. Entre estos dos partidos existía un tercero, llamado Partido Moderado, formado por hombres que no eran ni conservadores ni liberales, porque los asustaban el extremismo de los españoles y las ideas religiosas de los mestizos, y lo mismo estaban de parte de uno que de otro

partido. Era para ambos una rémora que al final hicieron desaparecer, cuando la lucha llegó a ser más enconada. Unos se pasaron a las filas de los conservadores y otros a las de los liberales.

Se luchaba porque el pueblo tuviera vida propia, ofreciéndosele solamente dos medios de vida: el presupuesto y la revolución. El obrero se había convertido tan sólo en un instrumento servil cuya condición era peor que la del esclavo; casi todas las industrias pertenecían a extranjeros, de ahí que se empiece a perfilar el odio contra el capital extranjero, que había de echar hondas raíces en nuestro pueblo y que, a través de la historia, ha venido acentuándose. Esta animadversión al capital extranjero procedía desde la dominación española e iba unida a la idea de nuestras inmensas riquezas nacionales; este error sobre nuestra riqueza nació el día en que Iturbide dijo a los nuevos mexicanos: "Sois los habitantes del país más rico de la tierra." Desde entonces la literatura de nuestra patria se ha visto repleta de mitos sobre la riqueza de nuestro suelo, robustecidos por la desconfianza hacia el extranjero, con los antecedentes que se tenían ya de la dominación española y la posterior serie de actos de hostilidad contra la consolidación mexicana: la obstinada resistencia de San Juan de Ulúa, el desembarco de Barradas, la excursión de Joinville; más tarde la guerra contra los Estados Unidos y la intervención francesa. Por estos hechos, México entraba en una lucha perpetua con todos los pueblos, así que no se concedieron las primeras franquicias a extranjeros, sino hasta los días en que únicamente una política liberal y amplia podía salvar de la miseria al país.

En 1870, durante el gobierno de Juárez, se advertía que se había de buscar el progreso económico de México; hacía falta atraer a los capitales extranjeros que habían emigrado del país, así como a los capitalistas mexicanos. El mismo ministro de Hacienda, Guillermo Prieto, junto con el licenciado José María Lozano, estipulaban que para vincular el capital en nuestra tierra era necesario cimentar antes la paz y atraerlo ofreciendo alicientes que lo invitaran a venir a México.

Las industrias no habían alcanzado mayor desarrollo; la agricultura permanecía en los primeros peldaños de su evolución: destruidas sin cesar las siembras por cada uno de los bandos que agitaban la red política, saqueadas las negociaciones agrícolas y sin brazos para las labores, sin comunicaciones para sacar los frutos y gravados los capitales con préstamos y contribuciones, este ramo industrial se hallaba completamente abandonado. La principal industria era la minería, que había caído en un largo período de postración, debido a las pérdidas sufridas por las compañías mineras con motivo de los trastornos interiores, por la falta de confianza en la seguridad de los capitales invertidos, por los cambios frecuentes que sufría

la política del gobierno con respecto a la minería, lo que manifestaba que no había un sentido fijo de protección a la industria, sino que estaba supeeditada a los cambios políticos. Un gran número de obreros despedidos de las haciendas vagaban sin trabajo, y la usura devoraba los últimos restos de la riqueza agrícola.

Todos nuestros males eran herencia de un gobierno español que no había tenido sumidos en la ignorancia, que había hecho nacer restricción y odio para todo lo extranjero, segregando a los hijos del país de los negocios públicos, a la vez que establecía una honda separación entre el gobierno y el pueblo. No existe probablemente en nuestra historia de pueblo independiente una situación como la del espíritu público en esta época, en que aún no se desvanecía el fanatismo de los dogmas en que se confundía a los sacerdotes con la religión misma.

No contaba el país con una unidad racial. La dominación española había tratado de formarla uniendo la multiplicidad de pueblos y de tribus. Esta falta de unidad trajo como fruto que, al declararse la Independencia cada grupo viera tan sólo por el mejoramiento propio, empeñándose en una serie de luchas sangrientas y continuos levantamientos. El primero, en 1823, fué encabezado por Santa Anna (Conspiración de Casa Mata). De 1824 a 1845 hay una continua sucesión de presidentes en el poder y de constantes revoluciones; los jefes militares ambiciosos y sin escrúpulos, luchan por obtener el mayor poder para escalar los altos puestos, debilitando a la nación y preparándola para ser víctima de agresiones de otros países.

En cuanto a la literatura de los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX, no era, por una parte, sino una repetición del barroquismo que se encontraba demasiado ligado a su sensibilidad y en pleno decaimiento, o por la otra, una repetición del gusto neoclásico. La novela propiamente no existía y el teatro era sólo una representación sagrada. Sin embargo, existían escritores, como José Manuel Sartorio con su lírica decadente, la sátira y costumbrismo de José Agustín de Castro, y la pulcritud y modestia de Anastasio de Ochoa. Comienzan a colaborar en periódicos como el *Diario de México*, personas tan preparadas como fray Manuel de Navarrete.¹

En las clases cultas se habían empezado a infiltrar las ideas de la Revolución francesa; se leía a Voltaire, Diderot o Juan Jacobo Rousseau o bien a Boileau, a La Fontaine o a Molière. La primera manifestación literaria surgida de nuestra guerra de Independencia fué la aparición de una serie de pasquines y proclamas políticas de ambos bandos, así como

¹ *México y la Cultura*. ("Las letras patrias," por JOSE LUIS MARTINEZ.) Secretaría de Educación Pública. México, 1946.

nuevos periódicos ya encauzados como *El Despertador Americano*. El periodismo insurgente prestó innumerables servicios a la causa, manteniendo siempre vivo el calor del combate, a pesar de estar constantemente perseguido, tener que mudar de nombre y de lugar. Como consecuencia de la guerra de Independencia la poesía abandonó los temas de pastores y zagalas para dedicarse a expresar en cantos vigorosos el llamado de la patria. Se seguía como modelos lo mismo a los franceses que a los españoles como Juan Meléndez Valdés, Tadeo González y Arriaza, que escribían estrofas exaltadas y patrióticas, imitadas entre nosotros por Andrés Quintana Roo, Francisco Sánchez de Tagle, Francisco Ortega. También es importante en esa época la obra de los memorialistas, como fray Servando Teresa de Mier y José Miguel Guridi Alcocer, cuyos libros son los documentos más vivos e inteligentes que poseemos para conocer muchos pormenores de la vida de esta época.

Curiosa e interesante es la obra de don José Joaquín Fernández de Lizardi, hombre ingenioso, dotado de un admirable sentido popular, cuya pluma tenía la socarrería aguda del mestizo y su burla e ironía. Acertó a escribir la primera novela hispanoamericana y nos reveló nuestra nacionalidad cultural, para demostrar al mundo el valor íntegro de México.

APARICION DE GUILLERMO PRIETO

La vida de Guillermo Prieto se distinguió siempre por su profundo amor a la patria, que se refleja en toda su obra, y por una fe indestructible en nuestro pueblo que le había formado en su seno. Su vida es recta, profunda, sincera, desprovista de vanidades y de orgullos; no pretendo con esto afirmar que en su vida íntima fué perfecto, porque sólo por el hecho de ser hombre nadie es perfecto, pero quiero hacer notar que su heroísmo, su abnegación y sus sacrificios hacen de él una figura venerada; tuvo sus debilidades, desde luego, pero nos enseñó que lo primero debe ser siempre la patria.

La existencia de Prieto atraviesa casi de punta a punta el siglo XIX. Para conocer toda una época de la historia de México basta con seguirle paso a paso a través de sus 79 años gloriosos. Nace en 1818, en días terribles en que aún estaban latentes los odios que hicieron estallar la Independencia, pero para él, niño aún, tiene mayor importancia el "correr por el largo acueducto del Molino del Rey, raptando sus encantos al vuelo". Sus recuerdos de niñez son muy hermosos; se refugia en ellos como en un

¹ *Memorias de mis tiempos*. México, 1906.

remanso, sintiéndose niño otra vez, lleno de pujanza y de vida, con una ligereza casi salvaje. En sus *Memorias* nos habla de la vida llevada en su hogar, recuerda el rezo en la capilla, cuando su padre se arrodillaba ante el altar para implorar del cielo su clemencia, para conjurar una nube de granizo o cuando la sequía hacía enormes estragos. Esta edad feliz no se veía ensombrecida por ninguna pena, lo único que le importaban eran las representaciones de títeres que tenían el privilegio de endiosarlo.

"Todos aquellos personajes —dice— constituían para mí seres reales, amistades entrañables, y por ellos me hubiera sacrificado gustoso. Eran éstos: el Negrito, enamorado y batallador, que terminaba a puntapiés en todas las escenas; don Follas, que prolongaba a discreción el cuello y la nariz, con gran asombro de los niños; Mariquita, la amada del Negrito, mas, ¡ay!, demasiado dulce con el prójimo, y además, bailadora y gazmoña; Juan Panadero, que tenía ciertas inconveniencias con el público, y finalmente, los coristas, que delante del guardián se mostraban santurriones, y rezadores, y pícaros, y tremendos de desvergüenza en ausencia de éste."¹

Otro motivo de placer eran las idas a la escuela en numerosos grupos a caballo, con sus correspondientes mozos de estribo; eran verdaderas excursiones en que "coleaban los caballos," lazaban, organizaban circo y desesperaban a los criados hasta llegar a la escuela, situada en la 2ª calle del Puente de la Aduana número 14, en la que se enseñaba a leer y a escribir, así como la doctrina católica y algo de dibujo. El maestro —dice— "era alto y robusto, casi totalmente calvo, lo que le obligaba a usar una gorrilla negra de terciopelo. En su nariz roma y atestada de polvo colorado, cabalgaban unas gafas con anillos de plata. Hablaba en niño, pretratando sagaz en el alma, con el encanto de la leyenda, con la magia del cuento de hadas."²

Desde niño latían en *Fidel* la poesía y el sentimiento; así a los 7 años hace su primer ensayo de oratoria, en 1825. Hasta aquí su infancia había sido un edén, en contraposición a lo que sería su vida futura. En 1831, el saqueo del Parián origina la muerte de su padre y la locura de su madre, lo que es un gran dolor para el poeta; podemos decir que toda su adolescencia está bajo el conjuro de este dolor, que va formando su carácter. El mismo expresa: "Me dejaba poseer por la alegría, y luego me sepultaba en hondas tristezas que me hacían por intervalos taciturno y funesto." Esto contribuye a formarle un carácter contradictorio; ansiaba ser grande, valiente y rico y tan sólo era joven, cobarde y pobre. Los bienes de su familia habían pasado a manos extrañas y Prieto había sido recogido por unas señoras, hijas de un dependiente de su casa, que se sostenían de coser ropa ajena, y el poeta, para vivir, se ve precisado a solicitar un puesto

¹ *Ibid.*

de escribiente de capense en el Colegio de Minería; luego es meritorio en la Comisaría General y por último dependiente de un cajón de ropa. Aprende de por sí mismo a escribir sonetos y los dedica a la Virgen de Guadalupe; eran líneas sin ningún pulimento, pues los "escribía a la diabla suerte." De cualquier verso tomaba un pie o una octava, que glosaba después a su modo; iba recitando por la calle, en la iglesia, la peluquería o donde fuera, sobre todo en la Alameda que era su gran gimnasio poético. Por lo mismo, hace amistad con gentes poco recomendables y se mezcla con mercachifles y empeñeros.

Solicita la protección de don Andrés Quintana Roo, pero no como un menesteroso que pide una limosna, sino como un luchador que solicita una ayuda. Quintana le pregunta qué sabe hacer y don Guillermo Prieto que versos y, para demostrárselo, improvisa el siguiente cuarteto:

En la risueña edad de los amores,
cuando el vendado dios muestra contento,
yo solo, acompañado de tormentos,
sufro de la fortuna los rigores.¹

Bajo la protección de Quintana Roo, ingresa como meritorio en la Aduana e inicia sus estudios en San Juan de Letrán bajo la dirección del señor Iturralde; en casa de su protector traba conocimiento con José María Heredia, con Rodríguez Puebla y con Lorenzo de Zavala.

Prieto siente gran afición por la vida callejera y entabla amistad con las personas más disímiles. Lo mismo frecuenta las casas de vecindad que las de la alta sociedad. La explicación de este contraste pretende darla en unas cuantas líneas: "Tendamos la mano para que nuestra memoria nos conduzca a los palacios y academias, a las mansiones de los próceres, a los modestos gabinetes de los sabios y a las tertulias en que bajo esas entidades se mezclaban delineando las facciones de nuestra sociedad..." Así conoce a Manuel Payno en una de esas casas de la alta sociedad, y hace de él su mejor retrato: "era un joven de color apiñado, de cabello negro y sedoso, de ojos hermosos de sombría pestaña; esmerado en el vestir, pulcro en las maneras y de plática sabrosa y entretenida. Jugaba a la baraja con las señoras ancianas, les hacía suertes a los chicos y era la admiración y el encanto de las polluelas."²

En 1836 se funda la Academia de San Juan de Letrán, bajo los auspicios de José María Lacunza, quien habitaba un cuarto en el colegio. Allí se reunían por las tardes, a determinada hora, don Guillermo Prieto, Juan Lacunza, hermano de don José María, y Manuel Tomiat Ferrer, que era un joven rubio de ojos azules, silencioso, sentimental y melancólico y tan

¹ SALVADOR ORTIZ VIDALES. *Guillermo Prieto y su tiempo*. México, 1939.

² GUILLERMO PRIETO. *Ibid.*



IGNACIO RAMIREZ (*El Nigromante*)

tímido como una paloma. En estas reuniones leía cada contertulio su trabajo; después se pedía la palabra para hacer notar los defectos y por mayoría de votos se aprobaba o corregía la composición. Estas reuniones duraron más de dos años. Los componentes tuvieron el deseo de procurarse amigos y resolvieron constituirse en academia que llevara el nombre del colegio; se invitó a varios amigos y se comisionó a don José María Lacunza para pronunciar el discurso de apertura. A la sesión siguiente se presentaron Eulalio M. Ortega, Joaquín Navarro y Antonio Larrañaga; más tarde Carpio y Pesado, como representantes de la literatura clasicista; además de Galván, Tagle y Fernando Calderón. La presencia de don Andrés Quintana Roo en la Academia fué la sanción autorizada del mundo de las letras; su entrada en la Academia la describe Prieto con sencillas palabras: “—Vengo a ver qué hacen mis muchachos— dijo, apenas penetró en el cuarto de Lacunza. La Academia toda se puso de pie y prorrumpió en estrepitosos aplausos que conmovieron visiblemente al anciano. El nombre de Quintana Roo fué pronunciado por todos los labios y por aclamación fue electo presidente perpetuo de la naciente institución.”¹

Existieron en la Academia representantes de todas las escuelas literarias. Una tarde, “sin anuncio y sin ruido,” apareció el romanticismo encarnado en la extraña figura de Ignacio Ramírez, por quien Prieto sentía una gran admiración. “Para hablar de Ramírez —dice— necesito purificar mis labios, sacudir de mi sandalia el polvo de la musa callejera y levantar mi espíritu a las alturas en que conservan vivos los esplendores de Dios, los astros y los genios.”² Prieto amó a Ramírez con entrañable ternura y admiración sincera, bebiendo los raudales que brotaban de su inteligencia privilegiada; Ramírez era el representante del odio a la tradición, y se veía muchas veces en la necesidad de adoptar actitudes radicales, que iban en contra de su convicción íntima. Era susceptible en extremo. Como todos los que cultivan la sátira, pasaba con mucha facilidad de la chanza al reproche. “Siempre abstraído, siempre triste, en una contemplación despectiva...” tal era Ramírez, dice Luis G. Urbina en *La vida literaria de México*.

La Academia tuvo el mérito de democratizar los estudios. Creó los primeros ensayos de reuniones literarias, que no habían existido antes en nuestro país y trató de mexicanizar la literatura, a lo cual contribuyeron todos sus miembros. Pesado con su “Inquisidor de México,” Ortega con su “Netzula,” Galván con su “Moza,” Calderón con “Adela” y Prieto con “El Insurgente,” en que se referían a los horrores de la Inquisición, a la condición degradante de los criollos y presentaban además una exposición de costumbres.

¹ ² GUILLERMO PRIETO. *Ibid.*

En 1840 don Guillermo es protegido por don Anastasio Bustamante, a la sazón Presidente de la República. Esta protección la obtuvo gracias a un discurso que pronunció con motivo de una distribución de premios en que le cede su puesto de orador Manuel Ferrer. "Yo tenía hecho mi plan —dice Prieto—. Suelto una arenga de diez mil demonios contra el primero que se me ocurra y o me quita de acreedores o me persiguen, o me procura protección de alguno y cátese usted a Periquito hecho fraile, como dice el refrán."¹ Así fué en efecto. El general Bustamante se convierte en su protector y lo nombra redactor de *El Diario Oficial*, periódico que era dirigido por el señor Rafael Gondra, hombre sabio, liberal por excelencia, de ideas luminosas pero ayuno de energía, pues entregaba a discreción su talento a personas que poseían menos instrucción que él. Se codea entonces don Guillermo con los palaciegos, con los políticos y los confidentes de intrigas y calumnias que dominaban y dirigían la política del Gobierno y tenían en sus manos el poder. El pueblo no estaba conforme y el descontento cundía en todos los estados; Yucatán era una cena de negros, Jalisco un campo de agramante, en la prensa llovían los altercados y se declaraba y se refía en todos los tonos contra Bustamante; al fin estalla el 15 de julio la llamada asonada de Urrea, que no extraña en nada al pueblo, puesto que estaba acostumbrado a los pronunciamientos continuos que para él eran motivo de holgorio. Santa Anna, según su costumbre, aparecía como mediador en todos los conflictos, mientras el general Valencia se pronunciaba en la Ciudadela. Unos proclamaban a Gómez Farías, que era secundado por Quintana Roo, Zavala, Couto, Mora, Rejón y otros más, esencialmente federalistas. Al fin cae Bustamante y se firman los convenios de Estanzuela, por medio de los cuales Santa Anna sube al poder.

Prieto se ve obligado a salir a Zacatecas, donde obtiene un puesto de visitador de tabacos. En compañía de don Manuel Payno se dedica a visitar las tertulias de los ganaderos y los mineros ricos. Al fin se ve obligado a salir de Zacatecas en vista de que escribe en contra de la dictadura militar, y no tiene más remedio que regresar a México, en donde Santa Anna había creado a su alrededor un remedo de corte europea, con dignidades para los descendientes de la nobleza española, creando fantásticos títulos de nobleza, mientras el ejército atravesaba por la mayor penuria, y la ostentación de bordados uniformes no correspondía a la miseria del pueblo. Alrededor de su Alteza Serenísima se multiplicaban los bailes, las grandes funciones religiosas, el teatro, se instalaban casas de juego y proliferaban las peleas de gallos.

Aquello no podía continuar; el 6 de diciembre estalla la revolución que era esencialmente popular, pues nació de la entraña misma del pueblo,

¹ SALVADOR ORTIZ VIDALES. *Ibid.*

hasta llegar a las clases elevadas, por una ineludible reacción de quienes estaban fatigados de aquel "cesarismo ridículo y del militarismo estúpido." Al fin fué electo presidente el señor Herrera, que pertenecía al partido moderado, mientras el partido federalista y el anti-independiente, dirigido por el general Paredes, continuaban en lucha. Don Guillermo Prieto y Ramírez escribieron a propósito del general Paredes una letrilla de circunstancias, que ocasionó que Prieto estuviera a punto de perder la vida. La letrilla decía:

Con bonete anda el soldado,
y el clérigo con morrión.
La cruz y la espada unidas
gobiernan a la nación.
(Que viva la bella Unión!)

La guerra se precipitaba; los acontecimientos sangrientos de Palo Alto y la Resaca clamaban venganza; mientras Farías pugnaba por llevar adelante la ocupación de los bienes del clero, se nombró a don Guillermo Prieto y a José Iglesias secretarios de Juan José Baz para publicar el bando de manos muertas; además, el licenciado Borda proyectó asambleas políticas para contrarrestar el influjo del partido clerical; formaron la junta directiva, Prieto, José Castillo, Velasco y Ramírez. En tales circunstancias volvió Santa Anna a México, y marchó inmediatamente a Cerro Gordo; trataba por todos los medios de combatir al invasor americano, mientras la ciudad de México se aprestaba a defenderse e ingresaban todos los hombres en el ejército; también los redactores de *El Monitor*, entre los que se contaba don Guillermo, se pusieron bajo las órdenes del general Valencia quien los guió al combate de Padierna. En esta batalla Prieto da muestras de su amor a la patria, al relatar cómo un soldado americano se elevó hasta donde estaba el asta bandera y, arrancándola de su sitio, la desgarró y pisoteó orgulloso. "Yo lo veía —dice Prieto— a través de mi llanto, y aullaba como una mujer... me dolía la sangre, gemía algo dentro de mí que me espantaba... la muerte hubiera sido como agua pura y fresca para mi alma sedienta." Tales son sus sensaciones al ver destruido el pendón nacional que tanto amaba.

Al amanecer del 20 de agosto, los americanos sitiaron entre dos fuegos a las tropas del general Valencia, haciendo completa la derrota. Entonces, don Guillermo es comisionado para llevar a Toluca noticias del general Valencia a su familia, y ver a la suya que se hallaba alojada en la casa de don Lucas Alamán. Prieto siempre había publicado contra Alamán una serie de dicitos, pero al conocerlo mejor acepta que es el prototipo de la virtud, de la decencia y del orden, un hombre tranquilo cuya casa parecía encantada.

¹ GUILLERMO PRIETO. *Ibid.*

Al romperse de nuevo las hostilidades después de la batalla de Churubusco, volvió Prieto al cuerpo de ejército de "Hidalgo" que se encontraba bajo las órdenes de don Félix Galindo. Durante el asalto a Chapultepec, don Guillermo se encontraba con otras personas en la casa del guardabosque, desde donde dominaba la situación; asistió a la muerte de Xicoténcatl y sus soldados y al sacrificio de los niños héroes. Terminado el combate, las tropas se precipitaron por las calzadas de la Verónica y Belén en un espantoso tumulto; Santa Anna renuncia a la presidencia, la cual fué ocupada por el señor Peña y Peña, mientras los diputados, entre ellos Prieto, esperaban el resultado de una junta de guerra presidida por Santa Anna, en la que prevaleció su opinión de evacuar la ciudad.

El 13 de septiembre de 1847 entran las tropas americanas en la ciudad de México. Toda la población emigra a Querétaro, en donde se forman dos partidos políticos: los que querían la guerra y los que pugnaban por la paz. Estos eran capitaneados por Lacunza y Lafragua. Se reunían en la Casa de Diligencias de don Víctor Covarrubias y en la casa de don Guillermo, en donde la tertulia era matutina, presidida por los señores Pedroza, Otero, Iglesias, Payno, etc. En Querétaro se refugian los personajes importantes de la época, se reúne el Congreso en el edificio de la Academia, así como una junta de los gobernadores de los estados, dirigidos por uno de los ministros, fungiendo como secretarios don Guillermo y don Francisco Zarco. Sin embargo, no lograron llegar a ningún acuerdo.

Al fin el Congreso aprobó los tratados de paz. Dejó la presidencia don Manuel Peña y Peña, fué sustituido por don José Joaquín de Herrera. Evacuaron la ciudad las tropas americanas; mas apenas había tomado posesión de la presidencia el señor Herrera, estalló un motín que pedía la continuación de la guerra. Se sofocaron estos movimientos y fué posible llevarse a cabo pacíficamente las elecciones para presidente. Obtuvo el mando don Mariano Arista, quien nombra a don Guillermo Prieto ministro de Hacienda, ya que el poeta hacía algunos años que se había dedicado al estudio de la Economía Política, bajo la dirección del maestro doctor Gálvez, estudios profundos que podían ayudarlo a salvar la Hacienda Pública del estado ruinoso en que se encontraba.

Más tarde, después de cambios sucesivos en la política y de una serie de presidentes, vuelve al poder Santa Anna con inusitada pompa, repiques y vítores. Forma su ministerio con don Lucas Alamán, don Antonio Haro y Tamariz, Teodosio Lares, Joaquín Velázquez de León, Bonilla y José María Tornel. Con motivo del onomástico de su Alteza, se publican dos artículos de felicitación, uno en *El Calavera* y otro en *El Monitor*, firmado este último por Prieto. El artículo era la más sarcástica congratulación por el fracaso del partido retrógrado y el retrato más fiel de Santa

Anna. El resultado de esto fué que el 29 de junio de 1853 don Guillermo fué aprehendido y desterrado por orden del dictador. Es la época de las grandes funciones teatrales, los banquetes y las diversiones en el campo.

Como resultado de la venta de la Mesilla, efectuada por Santa Anna, en \$ 10.000.000, el descontento cundió por todas partes y Juan Alvarez proclama el Plan de Ayutla. Huye Santa Anna a La Habana. Prieto regresa y toma parte en la junta que se reúne en Cuernavaca, con representantes de cada estado, para nombrar presidente interino. Salíó electo don Juan Alvarez, de quien dice *Fidel*: "Al frente de su tropa marcha como un patriarca el general don Juan Alvarez. Es de estatura regular, de anchas espaldas y de busto fornido. Su faz es apacible y seria, sus ojos pequeños y vivos; le acompañan Villarreal y Juárez..."¹ Alvarez forma su gabinete: primer ministro, Melchor Ocampo; Justicia, el licenciado Juárez; Guerra, Comonfort; Hacienda, Guillermo Prieto. Esta es una buena época para el país porque priva la moralidad y la depuración y los ministros se preocupan por sus respectivos ministerios. Sin embargo, Comonfort solapa a los descontentos y al fin cae del poder Alvarez, que es reemplazado por aquél. "Era un hombre dulce —dice don Guillermo—, pacífico, de educación pulcra y delicada, siendo en política perspicaz y patriota exaltado." Su intención de dar un buen gobierno a la República, se hace realidad en la jura de la Constitución de 57, cuyos detalles nos explica don Guillermo en su romance titulado "Sinfonía." Pero, contra lo que se esperaba, la Constitución no hace sino exacerbar los ánimos y en vano Comonfort se multiplica y lucha, viéndose obligado a dejar el poder en manos de don Benito Juárez, que es el hombre representativo de México durante la Reforma, la Intervención y el Imperio.

Juárez inicia su gobierno en Guanajuato; forma su primer gabinete y nombra a don Guillermo ministro de Hacienda, a Melchor Ocampo en Relaciones y Guerra, en Gobernación Santos Degollado, en Justicia Manuel Ruiz, en Fomento León Guzmán. De Guanajuato Juárez se traslada a Guadalajara, en donde don Guillermo le salva la vida, así como a Ocampo y a Manuel Ruiz. Se había insubordinado el traidor Landa, con pretensiones de fusilar al presidente. El propio *Fidel* nos relata el episodio:

"...La tropa se detiene frente a Juárez y uno de los jefes ordena con voz ronca: —¡Alto!"

Hay un profundo silencio, los soldados se forman en semicírculo, quedando los jefes a la retaguardia.

—¡Presenten, preparen armas, apunten...! —dice uno. Y en este mismo instante don Guillermo se interpone entre Juárez, cubriéndolo con su cuerpo, y exclama:

¹ GUILLERMO PRIETO. *Ibid.*

—¡Los valientes no asesinan! ¡Eh, levanta esas armas!” Y habló, habló larga e interminablemente, sin saber casi lo que decía. “Mas ¿qué importa? —afirma— las palabras son sólo pretexto cuando de veras habla el alma.”

Los soldados escucharon atónitos; al fin levantaron sus armas y don Guillermo vió correr, a través de los rostros cetrinos, las lágrimas calladas y silenciosas. Juárez, Ocampo y los demás presos abrazaron a don Guillermo “... y yo —dice— me sentía gigante, aunque de cierto no era nada, sino un oscuro instrumento de que Dios se valía para salvar a la patria.”¹

Don Guillermo acompañó a Juárez en su constante peregrinar, cuando se traslada a Manzanillo para embarcarse con rumbo a Panamá, de donde regresó a México en marzo de 1859 por Veracruz. Don Guillermo nos habla de su estancia en Veracruz, entre las “jarochitas nerviosas de cachirulo y mascada,” en donde dirige un periódico titulado *Tío Candelas* y contribuye a resistir el sitio puesto por los conservadores dirigidos por Miramón. En 1861 Juárez hace su entrada en la ciudad de México; cambia su gabinete e inicia su obra de Reforma, con lo cual concluye la guerra de tres años. Podemos decir que la vida de don Guillermo llegó a su culminación al salvar la vida a Juárez y al dejar la cartera de Hacienda en 1863; pero si bien es cierto que abandonó la vida política, sigue figurando en la tribuna y en la prensa y da lecciones de Economía Política y de Historia Patria.

Varios autores han asegurado que don Guillermo cometió el error de no saber morirse a tiempo,² pues ya viejo y descorazonado se paseaba por las calles de México al igual que un fantasma, como si sobreviviera a sí mismo. Luis G. Urbina, quien lo conoció, nos traza su mejor retrato: “Era un anciano alto, inclinado por los años, vestido siempre de negro; amplia levita de volanderos faldones, pantalón caído y como destajado, chambergo de anchas alas, y bajo el chambergo, asomándose hasta semi-cubrir las orejas y abrigar el pestorejo, la montera de dómine, que, cuando se liberta de la carga del chapeo, dejaba que su borla de hilo de seda jugase caprichosamente con el aire. El rostro amarillo de marfil, surcado, atravesado, acuchillado por las movibles líneas de las arrugas incontables. La boca grande e inquieta, rodeada de un bigote y una barba intrincada y de blancura sucia. Los ojos pequeños, juguetones, aunque de pupilas apagadas y párpados cansados, detrás de los espejuelos de varillas doradas. Todo el personaje denotaba a las claras descuido y desenfado. La ropa no había tenido tratos con el cepillo, ni la barba con el peine. La camisa entablaba riña abierta con la corbata, y aquí y allá, a lo largo del chaleco,

¹ GUILLERMO PRIETO. *Viaje a los Estados Unidos*. México, 1877-78.

² SALVADOR ORTIZ VIDALES. *Ibid.*

los botones se habían divorciado de sus respectivos ojales. En la mano huesosa y percutida, una gruesa caña con puño de Carey completaba la figura. El viejo marchaba arrastrando penosamente las plantas, mas con visibles señas de alegría en el ademán y en el gesto. De pies a cabeza era aquel hombre una sonrisa. Casi nunca se le veía solo. Alguien mozo o de edad madura, caminaba a su vera, del lado opuesto al del bastón, para darle el brazo y servir de accidental apoyo al risueño valetudinario. Con frecuencia los muchachos voceadores de periódicos le seguían. El mundo entero le saludaba de idéntico modo: *Adiós, maestro*. Y él, sin fijar la atención, contestaba al saludo de manera igual siempre: *Adiós, hijo mío*.”

Tal era el hombre que había surgido de la nada y subido por su propio esfuerzo hasta llegar a ocupar altos puestos en los destinos de su patria: de meritorio en la Aduana y visitador de tabacos en Zacatecas, a diputado a la Cámara y por último a ministro de Hacienda. Subió tan alto como él mismo nunca soñara, pero tuvo una vejez triste y solitaria, aunque su vena humorística no le abandonó nunca, pues siempre cruzaba las calles con una frase amable en los labios o una sátira ingeniosa. Era dulce como la miel o amargo como el acibar. Así cruza como una sombra por las páginas del recuerdo, rodeado de los tipos que constituyeron su sociedad: la china radiante, la viuda pensionista, la señorita romántica, el catrín, los *pollas* de los billares de Iturbide o los golfos de la alberca Pane; el lépero, el artesano y la “gata ladina.”

Don Guillermo había vivido su vida en toda su inmensa plenitud. No poseía en la senectud más que recuerdos, recuerdos de tantos discursos, de tantos versos, de las esperanzas idas y las ilusiones muertas, cuando se ha visto marchar a todos los amigos y con ellos costumbres que se fueron y tipos que ya no existen, como único vestigio de una época que no podrá retornar ya nunca.

LA OBRA LITERARIA DE GUILLERMO PRIETO

La obra de Prieto es muy extensa, no es una obra filosófica, pues él carecía de erudición, algunas veces le falta orientación artística y buen gusto, porque predomina en él la vena popular y resulta un poeta desaliñado; no conocía de lenguas ni de literaturas extranjeras, ni ahondó en el cultivo de su propia literatura; sus tendencias se inclinaron al romanticismo; tiene de él lo teatral y el afán de exhibición así como un sentimentalismo exagerado. Puedo afirmar que en su primera época es grandilocuente y sonoro, algo exagerado y artificial aun cuando esto está a tono con lo eminentemente dramático de la época histórica por que atravesaba. Sobresale no por su forma ni

por la emoción profunda sino por sus cualidades pintorescas; es en la poesía como *El Pensador* lo fué en la novela, "el más mexicano de nuestros poetas": Don Carlos González Peña sintetizó en unas cuantas líneas la crítica más acertada de Prieto. Dice en su *Historia de la literatura mexicana*: "... todas las manifestaciones de un pueblo idealizadas por la ternura y la fantasía de un gran poeta".

Como poeta cultivó los géneros sentimental, amoroso y heroico; la más antigua de sus poesías data de 1833 y se titula: "A Cristo crucificado". En ella se revela como poeta católico, carácter que no abandonaría jamás, ya que se había educado en el seno de una familia católica; guarda gran reverencia a Dios, así dice en su poesía titulada: "Al Mar", de enero de 1877:

Quando por vez primera ¡oh mar sublime!
Me vi junto de ti, como tocando
Al borde del magnífico infinito,
Dios, clamó el labio en entusiasta grito:
Dios, repitió tu inquieta lontananza;
Y Dios me pareció que proclamaban
Las ondas repitiendo mi alabanza.¹

Como poeta conceptuó el romance como interpretación en verso de sentimientos y necesidades del pueblo; los motivos que escogió para su poesía fueron de fondo rico e interesante, fundados en los sentimientos y pasiones de los hombres, y en las luchas de los héroes. Sus versos no son pulidos, sino versos en que el talento y el sentimiento suplen los errores de la forma y del estilo; la versificación es fluida y fácil. Los principales exponentes de su poesía se encuentran en *El romancero nacional* (1885) y en *La musa callejera* (1883); aunque el primero no tiene el colorido del segundo, sobresale por su sonoridad; inicia un nuevo género de poesía que hasta entonces no había existido en nuestra literatura con un carácter típicamente mexicano, ni con una fisonomía determinada, por lo que don Guillermo, que amaba entrañablemente todo lo nuestro, que había tomado parte en las luchas y movimientos para hacer de México un país próspero, quiso plasmar para las generaciones venideras toda la etapa histórica de nuestras luchas, tomó la historia y la dividió en pequeños romances a la manera de los romances castellanos en una versificación llana y fácil de romance octosílabo asonantado. Estos romances abarcan los once años de lucha de la independencia a partir de 1808, con el primer romance titulado "Romance de Iturrigaray" hasta la "Entrada del Ejército Trigarante en 1821."

Pretende sustituir el héroe español del romance castellano por el criollo o el mestizo y aunque no lo logra plenamente, sí da a conocer al pueblo su historia en un lenguaje popular, llegando hasta el corazón del

¹ *Poesía Romántica*. Biblioteca del Estudiante Universitario, Núm. 30.

hombre con palabras sencillas, pintorescas y fáciles. Hace desfilar uno por uno a los grandes caudillos, haciendo sobresalir sus cualidades y llegando al alma del lector por medio de la ternura, el valor o la alegría; desfilan no sólo los capitanes, sino aun los desconocidos, todo con sus notas típicas y su gran colorido: los chinacos con su sombrero recamado de plata; su pañoleta en el cuello, su camisa de seda fina, y en sus cuacos "los catrines de calzonería y jarana."

El libro es brioso y entusiasta. Nadie mejor que Altamirano le ha aplicado los términos exactos: "... es la epopeya nacional con todos sus caracteres, con su sabor dramático, su aspecto personal y pintoresco y su verdad histórica que no tiene necesidad de revestir el brillante atavío de la leyenda para ser admirable."¹ En mi concepto el *Romancero nacional* alcanzó el objeto que se propuso el autor al escribirlo, propósito que, como él mismo había asegurado, era puntualizar las hazañas de los héroes, hacerlos amar, predisponer nuestras almas a seguir su ejemplo, representando en los grandes caudillos modelos de fe. Se podría creer por esto que impulsado por su hondo amor a la patria pretendería como muchos historiadores culpar a España de nuestros males sociales y económicos, pero *Fidel* se desprende de su apasionamiento personal para reconocer tan sólo, los beneficios que la Madre Patria nos reportó. "Respecto a España —dice— y a sus glorias legítimas, para las que tengo veneración y amor; mi educación, mis creencias, mis afectos más vivos están enlazados con los españoles."²

Pero no sólo es poeta épico, sino que es al mismo tiempo cantor festivo y grandilocuente, como en estos versos:

No temas, mi adorada,
Te cantaré en mis coplas
Al son de las cadenas
Del bárbaro opresor...³

En otras ocasiones expresa sus penas dulcemente, con la dulzura de un rabi, como en la poesía titulada "Lamentos," en que dice:

La luz llegó: quedaron en la noche
Como tristes residuos mis delirios
Y el llanto de mis ojos,
Como lleva implacable la corriente
Del árbol los inútiles despojos...⁴

Otras veces se convierte en el humorista observador de *Musa callejera* en que pinta paisajes de la tierra, verbenas del país, barrios y costumbres populares; los tipos tan nuestros de la china, el charro, la gata,

¹ GUILLERMO PRIETO. Prólogo al *Romancero nacional*, por M. ALTAMIRANO. México, 1885.

² GUILLERMO PRIETO. *El Romancero nacional*. México, 1885.

³ GUILLERMO PRIETO. *Alegorías de mis tiempos*. México, 1906.

⁴ GUILLERMO PRIETO. *Colección de poesías escogidas*. Publicadas e inéditas. México, 1895.

el indio ladino, el *evangelista* y el *chinaco*; su cuadro de costumbres, dice don Francisco Monterde "... se aproxima más a la pintura, a la acuarela podríamos decir, al óleo o a las miniaturas; le importa tanto el color como el detalle," ridiculiza a los personajes y a las costumbres riendo, como cuando dice:

No faltan los frailecitos
Que otro tiempo se asomaban
Robustos, lindos, contentos,
En balcones y ventanas
En medio de sus sobrinas
Y al lado de sus hermanas.¹

Es demasiado minucioso al detallar todo lo que usaban las mujeres, pues poseía un gran sentido de observación, como lo demuestra su poesía titulada "El Obsequio." Desprecia también todo lo que sea extranjero o que trate de imitar lo que no es nuestro, canta alabanzas a "El túnico y el zagalejo" así como a "El sombrero jarano"; su voz se eleva en tono de protesta contra las modas absurdas, como lo expresa en "El gran tono cimarrón." Consagró figuras como "El Cura de Jalatlaco," recogió y creó proverbios y refranes; descendió hacia el pueblo y creó un nuevo lenguaje con palabras nuevas y dichos, como el que decía a propósito de un galán que quería raptar a su dama, cosa que le impidieron, y *Fidel* lo ridiculizó diciendo: "Aquí estubo el bicho, pero no encontré pellejo."

Nadie mejor que don Guillermo para llegar al corazón del pueblo, ya que conoció sus costumbres, oyó sus confidencias y sintió sus dolores. Así decía:

Yo soy quien vagabundo cuentos fingía
Y los ecos del pueblo que recogía
Torné en cantares,
Porque era el pueblo humilde toda mi ciencia
Y era escudo en mis luchas...²

Así hay en *Musa callejera* costumbres que ya no existen, tipos que desaparecieron, de los cuales sólo nos quedan tristes recuerdos y breves semblanzas. De este libro, el romance que tiene más sabor mexicano, más acento de tragedia y que hace sentir a fondo las pasiones de los personajes, es el "Romance de la Migajita," porque los tipos poseen verdadera riqueza de colorido y autenticidad; su versificación es sencilla y fácil, y su lectura arranca lo mismo lágrimas que sonrisas. Sobresalen también romances como "Glorias del barrio," "Trifulca," "Un lépero enamorando a una china", y otros. Este libro es un conjunto de documentos vivos en que el investigador puede encontrar datos fieles acerca del aspecto de la

¹ GUILLERMO PRIETO. *Musa callejera*. "Romance", p. 102. México, 1883.

² GUILLERMO PRIETO. *Colección de poesías escogidas*. Publicadas e inéditas. ("Cantares". 1889.) México, 1895.

ciudad, de las personas y de las costumbres; se encuentra dividido en tres partes: Sátiras y Versos Festivos, La Ciudad y el Campo, y Romances. En toda la obra parece como si *Fidel* escribiera intencionalmente para el vulgo, como si quisiera lograr la simpatía de los humildes, teniendo como fondo para que se desenvuelva la acción el barrio o el suburbio, aunque muchas veces confunde a la plebe con el pueblo. Desarrolla la escena por medio de descripciones, de diálogos o de monólogos en lenguaje vulgar ("aires," "mesmo," "asigún," etc.). Es al mismo tiempo observador y humorista, preciso en la reproducción de los caracteres; se nota que su poesía es instintiva; es tierno en el romance, soñador, apasionado, lacrimoso y sentimental como debe de ser el poeta del pueblo y del corazón.

Otra de sus obras más conocida es la de *Los San Lunes de Fidel*, que tienen también mucho de nacionalismo, porque el San Lunes es una expresión característica del pueblo mexicano, una costumbre arraigada en las clases bajas, donde el artesano o el obrero prolongan el descanso del domingo durante el lunes, costumbre que ha recibido el nombre de "hacer san lunes." *Fidel* publicaba cada lunes un artículo sobre un tema especial, con ese gracejo tan suyo y esa facilidad para la descripción que parece como si no tropezara con ninguna dificultad en la expresión; tenemos como ejemplo su magnífica descripción de un estanquillo: "Una accesoría que por lo angosto podía pasar como molde de túnico moderno, con un rótulo "El tocador de Adriana", a la puerta un banquillo o mesita en contacto con la expendedora, las puertas están pintadas con carteles y anuncios de tabaquerías famosas. Se expenden allí botones de calavera, para camisa, broches y agujas, bizcochos y dulces, cartas de amor, tarjetas de días, barquillos, peines, pomadas y conservas..."¹ Se puede observar que esta descripción es completamente sencilla y llana, lo que es una característica de Prieto.

Su obra maestra es *Memorias de mis Tiempos*, integrada por sus recuerdos de 1828-53, publicada en 1906; es la más sabrosa crónica de la vida social, política y literaria de México. Sus recuerdos le asaltan en tropel, los herraderos y los coleaderos, las comidas de barbaoca debajo de los árboles de Chapultepec, los compadrazgos, posadas, rifas de santos, etc., que hacen que se le llene el alma de recuerdos y vuelva a las escenas campesinas, a revivir las imágenes de los campos sedientos que despertaron en él ese amor a la patria y a la naturaleza, el paisaje eterno de los volcanes, las agrestes lomas y el bosque de ahueluetes en donde los niños gozaban jugando a la tuta, la maruca, los huesos de chabacano, el trompo o el diablo.

¹ GUILLERMO PRIETO. *Los San Lunes de Fidel*. (Lunes 4 de febrero de 1878. "El Estanquillo.") México, 1925.

Además de su carácter histórico las *Memorias* tienen la cualidad de constituir un valioso documento de la época, su valor literario puede ser discutible porque están escritas con espontaneidad, con descuido, sin ceñirse a ninguna norma; el mismo Guillermo Prieto dice que son "una ensalada de Noche Buena en que hay de todo."¹ Hace verdaderas forjas de las semblanzas de personajes de la época; por ellas desfilan no sólo sus amigos sino también sus enemigos, para quienes no tiene ni sátira ni mordacidad. Retratos verdaderamente notables son los de don Manuel Doblado, don Bernardo Couto, don Luis de la Rosa, don Manuel Gómez Pedraza, Santa Anna, Juárez, Melchor Ocampo y otros. "Yo todo lo quería fotografiar en mi mente —dice *Fidel*—, y llegué a formar una galería curiosa de originales retratos y una colección exquisita de cuadros de costumbres." Don Guillermo tuvo desde un principio la idea de hacer cuadros de costumbres, como dice en las *Memorias*: "Por aquellos tiempos llegaron a México coleccionados algunos artículos de *El Curioso Parlante* comenzados a publicar en 1836. Yo sin antecedente alguno publicaba con el pseudónimo de *Don Benedetto* mis primeros cuadros, y al ver que Mesonero quería escribir un Madrid antiguo y moderno, yo quise hacer lo mismo, alentado en mi empeño por Ramírez, mi inseparable compañero."²

El emprender este trabajo no fué para *Fidel* muy difícil, debido a su hondo conocimiento de las costumbres mexicanas. Su observación es amplia, tanto que nos describe lo que se servía en las comidas, explicando cómo se cocinaban los platillos mexicanos. El cree que valen más los artículos del escritor que la propia personalidad de éste, pues afirma que no hay que hacer caso de las memorias porque no son sino almacenes de estorbos.

La facilidad en la descripción, la soltura en la narración, sencillez, lenguaje sobrio y claro, tales son las características de *Fidel* en su *Viaje a los Estados Unidos (1877-78)*; en estos libros de viajes apuntan sus dotes de escritor psicólogo. Con su característica vena festiva nos describe la comida americana: "Maíces fresquitos acabados de llegar de la milpa y a medio cocer, nadando en leche, con trozos de huevo empedernido, jitomates crudos que fungen como frutas, ramas colosales de apio, tortillas de huevo que rociadas con melaza sirven de dulce, mantequilla que se mezcla a la fruta, a las conservas y a las grasas, además de pasteles de calabaza mezclados con ruibarbo."³ Lo mismo nos habla de los hoteles, los teatros, periódicos, parques, museos, etc., es decir, nos da una ojeada general de la vida norteamericana en todos sus aspectos y aun nos habla de la psicología del yanki.

Tal es la obra de don Guillermo Prieto, de la cual he querido dar un aspecto de conjunto repasando sus libros, para referirme más tarde a su costumbrismo en especial. Quizá en este corto trabajo no esté aún apreciada en su exacto valor la obra de Prieto, que ha de tener una verdadera significación, siquiera desde el punto de vista de vanguardia en que ella se coloca. ¿Qué importa que su estilo no sea perfecto?, si *Fidel* traslada a él lo más fielmente que le es posible el sentimiento de su pueblo, si sus descripciones han plasmado tan exactamente el fiel sentir del individuo, de tal manera que más bien son fotografías, si señala el primer albor de un México que nace y se dispone a vivir su destino, ¿qué importan entonces las normas de la literatura, la versificación o el lenguaje?

Siempre que se haga una revisión de valores, cuando se busque dentro de nuestra entraña nuestros valores propios, será cuando la obra de Prieto surja como a la evocación de un conjuro mágico para recordar con su presencia la actitud del poeta: ¡Adelante, siempre adelante!

¹ GUILLERMO PRIETO. *Memorias de mis tiempos*. México, 1906.

² SALVADOR ORTIZ VIDALES. *Don Guillermo Prieto y su Tiempo*. México, 1939.

³ GUILLERMO PRIETO. *Viaje a los Estados Unidos*. México, 1877-78.

GUILLERMO PRIETO Y SUS TIPOS POPULARES

DON GUILLERMO pintó el México viejo con imágenes y palabras que resumen todos los secretos de la plebe; su memoria es a manera de una pantalla gigantesca por la que desfilan todas las imágenes, con todos sus detalles y pormenores. En sus tipos se retrata no sólo la parte física sino también su parte moral, los rasgos específicos de su carácter, su expresión; al leer la descripción de esos tipos nos imaginamos al personaje tal como si se desprendiese de un cuadro para tomar vida, hablar, gesticular y reír, como cualquier persona.

Cientos de tipos desfilan por las páginas de Prieto: el tenor que pregonaba las manitas, el tipo que grita "carbón sioó," la sebera y la vendedora de nueces, el rancharo con su traje pintoresco, el varillero que charla y arma plaza, los muchachos y los artesanos de poca fortuna, las garbanceras, la polluela obstinada y heroica, el galán que espera su ingreso en el presupuesto para la realización de sus sueños; el aguador, que atraviesa la plaza doblado bajo el peso de su *chochocol*, el oficial que se encamina al café y el fraile con su ancho sombrero a lo basilio.

Todos deslizándose bajo las grandes líneas del cuadro constituido por las Casas Consistoriales, el Portal de las Flores, el Parián, las calles de Santo Domingo, San Francisco, Tacuba, la Moneda y la Monterilla que van a desembocar a la Plaza Mayor. Basta imaginar y analizar para conocer la sociedad mexicana en sus más raros contrastes de vicio y de virtudes, de lujo y de miseria, con tipos que fueron y que desaparecieron dejando una estela de existencias heroicas, de vida intensa y frenética, que ha creado ese concepto fabuloso de un México casi legendario.

EL CHARRO

Uno de nuestros tipos más interesantes está constituido por el *charro*, que tuvo su origen en la época colonial. Entre las ventajas que los conquistadores aportaron a la Nueva España se encontraba el ganado, que fué fuente de riqueza para los encomenderos que lo trajeron a pastar a sus

¹ GUILLERMO PRIETO. *Musa callejera*. ("Romance," pp. 141 y 177.) México, 1883.

inmensas posesiones. Para vigilar tan enormes extensiones de terreno y tantas manadas de animales, se hizo necesario adiestrarse en el manejo del caballo; el indio, por sí agíl, lo consiguió inmediatamente, lo mismo que el criollo, dando lugar a un tipo nuevo: el *charro*.

Desde entonces arranca la tradición netamente nacional de los grandes jinetes mexicanos; para tal ocupación se necesitó una indumentaria apropiada, que fué práctica para las faenas del campo y elegante y lucida para los días de fiesta; esta última consistía en chaqueta corta de cuero o de paño con botones de plata y adornos de trencilla, también de plata o de oro, camisa muy fina de cuello vuelto, ceñida por una corbata de lazo de vivos colores. Ajustado pantalón de gamuza o rico paño con botonadura de plata y bordado, chaparreras de gamuza, botas altas, sombrero de ancha ala y alta copa con vistosos adornos y arabescos de oro o plata, haciendo juego con la silla labrada, los estribos de rico metal, lo mismo que las espuelas, además de la pistola y el machete de labradas cachas, sin faltar el multicolor sarape.

Jinetes en magníficos alazanes, o en caballos de tipo especial para la charrería, descendientes de los corceles árabes, bayos, colorados, prietos y tordillos; los *charros* recorrían la ciudad a la hora del paseo, la mayoría eran descendientes de las viejas familias, de terratenientes y hacendados, valientes e indomables, bondadosos y magnánimos como la tierra en que nacieron.

Tal es el *charro* de los romances de Prieto, colérico y batallador, apasionado y fiero en el amor, con ternura y dulzura de niño y pasiones de hombre; para este tipo hacía falta una mujer dulce y comprensiva como la *china*, ambos tan nuestros y tan mexicanos.

LA CHINA POBLANA

En cuestión de modas, la bandera de la tradición era sostenida por la *china*, con su salero y zandunga, con su currucucú de ternezas y su defenado. Para Prieto la china era:

La linda china poblana
Más linda que las estrellas,
Es su cuello de torcaza
De jazmines y claveles.¹

El traje de la *china* poblana había sido tomado del que usaban las campesinas poblanas, compuesto de una camisa de muselina blanca adornada de encajes alrededor del cuello y de las mangas; una enagua más

¹ GUILLERMO PRIETO. *Musa callejera*. ("Glorias del Barrio," p. 138.) México, 1883.

corta que la camisa partida en dos colores, la parte inferior hecha de tela blanca y escarlata, la superior de raso amarillo; además un corpiño de raso de brillante color cubierta de oro o plata abierta en el frente y echada hacia atrás. Con el pelo partido en dos y las trenzas unidas una con la otra por medio de un anillo de oro o plata, asimismo llevaba largos aretes. Una banda de colores le daba dos o tres vueltas a la cintura y estaba atada por detrás, un pañuelo de colores cruzado en el cuello y sujeto en el frente con un prendedor en tanto que las puntas estaban adornadas con plata y pasaban a través de la faja. Además un rebozo en el cuello a modo de bufanda y en los días de fiesta usaban medias de seda y zapatos de raso.

Al principio este traje sólo era usado por la gente pobre, pero más tarde los currutacos y las catrinas lo pusieron de moda como traje típico; aunque el tipo característico de la *china* era la mujer perteneciente al pueblo, de color apiñonado y ojos negros, camisa escotada y llena de randas, la cintura ceñida con ancha faja de burato con largos flecos que se desparramaban sobre su cintura; enagua con corte de seda verde lustrósimo, castor encarnado y negro cuajado de lentejuelas con golpes de listón sencillos y viéndosele la enagua interior cuajada de encajes, repulgos y primores, con zapatos de color bronceado, de raso o taflete. Nadie mejor que *Fidel* para describirnos a la china:

Era la china garbosa,
la linda china poblana
sobre la nube de grana
de su enagua de castor...

Logra por completo pintarnos el tipo con sus arrebatos de ira y de pasión, colérica y un poco salvaje, pero llena de nobleza, tal y como aparece en el clásico "Romance de la Migajilla."

EL LEPERO

El observador que pudo contemplar la ciudad de México durante algunos años del siglo XIX, no tan sólo entregada a esa agitación bulliciosa que precedía el toque de oración, sino sumergida en el silencio siniestro de la noche, podría describir con lujo de detalles lo que había de temible y de singular en el *lepero*, uno de los tipos más originales de nuestra sociedad.

El *lepero* había sido casi siempre abandonado en el quicio de una puerta o en el atrio de una iglesia. Expósito o huérfano, crecía en el zaquizami de una comadre de "la difunta" que estaba criando; pasaba su infancia en el patio de la vecindad. Su vida se deslizaba durante el día en las "viñas" (bañureros) donde apedreaba, reñía y merodeaba. Aprendía a

jugar rayuela y vendía periódicos por calles y plazas; más tarde, dormía al sol, boca arriba. Ya de mozo, ejercía muchos oficios: vendedor ambulante, fabricante de dulce, billetero, chacharero y aunque hábil artesano, era flojo, estafador y amigo de la vagancia y el juego.

Era generalmente mestizo, bastardo, sacrilego y travieso, con inclinación a lo villano, el gusto de avertir para acciones generosas. Tenía la intención picaresca, aunque desvergonzado; propendía a la incredulidad y a la mofa de lo religioso, pero amaba a Dios lo suficiente para librarse de las garras del diablo; odia al gendarme y al soldado, al criado y al "gato mantenido," aunque en ocasiones ejerciera oficios semejantes como el de mozo de cordel, albañil, conductor de caballos, empedrador de calles o mozo.

El *lépero* era el descendiente directo del pícaro español, con todos los rasgos de éste, pero añadiendo la melancolía y la abulia del indio. *Fidel* nos lo presenta pintorescamente y dice de él: "... El *lépero* no se define, se le sorprende en un acto cualquiera que le caracteriza, hay en él mucho de rastrero pero le enamora el ingenio, le subyugan los hombres de cacumen y dignidad."¹ No sólo lo describe físicamente sino que hace una especie de análisis psicológico, reconoce todas sus fallas pero se complace en recordar sus rasgos de ingenio inagotables, sus coplas regocijadas en que el mismo *lépero* se define, como las que dicen:

La muerte me dió de alazo,
soy probe, pero orgulloso;
y soy como el espinazo,
pelado, pero sabroso.²

Así era el *lépero*. El amor, el pulque y la riña absorbían su existencia, y la cárcel no le amedrentaba. Nadie sabía nunca dónde ocultaba la chaveta, que salía a relucir en la pulquería o en la pelea de gallos; sin embargo era fiel en la amistad, generoso y magnánimo. En el fondo era valiente, odiaba la ingratitud y la perfidia; siendo leal y desinteresado con los amigos, le repugnaba la traición y defendía con su propia vida su amor por la madre o por su mujer legal.

Para hacer pareja con tal hombre era necesaria una mujer como lo era la *leperita*, limpia y hacendosa, heroica en el amor y feroz en el celo y en el peligro fanática; podía convertir a su hombre en un héroe o en un guñapo de hombre.

Estos tipos eran la expresión más triste y más real de la sociedad mexicana. Constituían una especie de gitanos que hacen recordar a los héroes más interesantes de las noveles picarescas. Se presentaban en escena cuando el toque de oración se escuchaba en la plaza Mayor; mientras

¹ SALVADOR ORTIZ VIDALES. *Don Guillermo Prieto y su Tiempo*. México, 1939.

² RUBEN M. CAMPOS. *El folklore literario de México* (p. 628). México, 1929.

la muchedumbre bulliciosa se dispersaba en todas direcciones, ellos se re-costaban indolentemente en las cadenas que rodeaban el Sagrario, empedaban las escenas nocturnas adueñándose por completo de la ciudad limpiando las faltriqueras de algún transeúnte retardado, mientras por la ciudad se escuchaba el grito del sereno quien, atento a los sonidos de reloj lejano, cantaba con voz lúgubre: "¡Las diez! ¡Y sereno!"

EL EMPLEADO

Don Guillermo Prieto describe el tipo de empleado de su época con el deseo de ridiculizarlo, como una venganza contra sus años en que fué empleado burocrático. Esta pintura fué también trazada por Ramón de Mesonero Romanos, quien presenta su tipo de *Don Homobono Quiñones* en varios de sus artículos, aunque es más pintoresca la realizada por Prieto.

Este empleado viejo respondía al nombre, según *Fidel*, de *Don Decomiso*. "Era un señor de piel apergamada, cara larga y ojos hundidos tras largas cejas. Su cabello largo, que dejaba ver el carril de la calva, lo lleva sujeto con una peinetilla de carey, y un simétrico nudito sobre la frente.

"Después que *Don Decomiso* se ha lavado con agua tibia y un poquito de aguardiente, y se ha desayunado con chocolate de Ambriz y rosas de manteca, se dirige a la misa de 8 al Altar del Perdón, y asiste al Santo Sacrificio, hincado sobre su extenso paliacate. Luego se dirige a la oficina; se presenta al portero para que le apunte la hora de entrada, y una vez dentro de su despacho, coloca su sombrero en la pared, en lugar a propósito, sobre un pliego de papel pegado con obleas e inmediatamente después sacude el asiento y la mesa. Vestía bota reluciente, pantalón de tapabalazo, corbata de collarín de terciopelo, holgado chaquetón de india-na, sorbete y fraque negro.

"En el escritorio además del recado para escribir, gomas, reglas y demás, conservaba dos estampas de la Virgen de los Dolores y de San Juan Nepomuceno. Era el tipo del pésimo estudiante que ha echado toda la gramática en su conversación para darse título de erudito. Nadie conocía mejor que él todas las formalidades relativas al alto desempeño de su cargo, a saber: 'el cuarto margen del oficio, con la ceja para la costura; el expediente con su fecha y referencias, sus cuatro puntadas, gaza y nudo; la antefirma, etc.'

"Profesaba un terrible odio a los comerciantes, e imaginaba que sería traicionar a la patria concederles la razón aunque la tuvieran."

Y para que se vea hasta dónde llegaba la agudeza y penetración de esta especie de Argos, voy a permitirte citar algunos casos que don Gui-

llo nos relata. Dice que habiéndose una vez descompuesto unas latas de sardinas, los causantes se negaban, como era de justicia, a pagar el impuesto; mas don *Decomiso*, hombre de grandes recursos, resolvió entonces que se les cobrara conforme al arancel del aceite. Y una letra, una comia que cambiáran en un oficio, ya éran causa de grandes desazones y de dificultades para los infelices causantes.¹

Por el presente retrato nos imaginamos lo que sufriría Prieto en el constante trato con personajes como éste, confinada su vida entre las cuatro paredes de la oficina, y qué grado de rencor y de malos recuerdos dejaría en su alma para usar tanta ironía con los empleados de su tiempo. La descripción es minuciosa, detallista, analiza el personaje en sus más mínimas acciones; en el lenguaje es sencillo y llano, pero a veces emplea frases incisivas.

EL BARBERO

Entre las amistades de don Guillermo Prieto que le merecían absoluta confianza se contaba don Melesio, barbero clásico, que lo escuchaba todo mientras ponía al sol su inseparable olla de sanguijuelas.

Era un hombre simpático. Tenía treinta y cinco años, poco más o menos. Era moreno, "delgado como un cabello." Llevaba la cabeza peinada cuidadosamente, y un mechón de pelo le caía en grandes rizados sobre la nariz. Sus ojos eran negros, "de grandes y sedosas pestañas." Su cuello era bien formado y lo llevaba siempre cubierto por una máscara de Indias, sujeto por un anillo corredizo. Su gesticulación era animadísima; sus movimientos vivos y sus manos finísimas.

Era hombre de mundo, contaba entre sus amistades a Isabel Rendón, a las Pautret, y era además confidente delicioso de la Chata Munguía, la Gaborino y Agustina Montenegro. En la política había corrido peligrosas aventuras con los partidarios de Gómez Farías. Era un consumado maestro en tocar la guitarra de "siete órdenes" y no se desafiaban concurrir a su barbería artistas tan famosos como Bibián el Ciego, Dueñas y el General Gutiérrez.

Era un gran conspirador; conocía como pocos el manejo de la prensa de mano y el uso de la tinta simpática; sabía esconder de manera admirable en un pan un folleto, picar con un alfiler un impreso para que dijese lo vedado y en fin "todas las tretas, ocultaciones y fraudes aplicables a la política."

¹ GUILLERMO PRIETO. *Memorias de mis tiempos*. México, 1906.



EL BARBERO

De acuerdo con su oficio era charlatán como un Fígaro, y tanto a sus narraciones políticas como a los rasgos anecdóticos y a los detalles biográficos de algunos personajes, les comunicaba siempre un gran colorido de escandalosa crónica.

El barbero no sólo tenía esta investidura, sino que era además el precursor del dentista. En la Calle Real o de Flamencos se encontraban las casas de los barberos, con todos sus anuncios, es decir, la olla de sanguijuelas a la puerta, la piedra de amolar y el gallo a su pie, la guitarra con su moño de listón, el escalfador, el yelmo de mambrino, los frascos y el cepillo.

Tal era el tipo del barbero popular. También existían barberos de más categoría, como el francés Jurot, establecido en el año 1838 en la calle de Plateros, que era el barbero de moda por ser el "barbero de su Excelencia."

DIVERSOS TIPOS POPULARES

Como sería imposible que me refiriese por separado a cada uno de los tipos populares que *Fidel* presenta, me he permitido reunir en el presente resumen otros de estos personajes, señalando someramente algunas de sus características.

Para presentar este tipo es necesario conocer un poco el marco en donde se deslizaba su vida. Una botica estaba constituida por una pieza, en cuyo centro se encontraba una Virgen; su botamen era de medio uso, su criado ladino y mugroso, su aparador con jeringas, cuentas para las fuentes, cápsulas y cartones que proclamaban la zarzaparrilla, el aceite de hígado de bacalao, el vino de Bugeaud y el elixir de coca. Las boticas, con frascos de vidrio y tarros de barro, eran modestas; en general, casi todas eran sucias y fétidas, los útiles de mala clase y no se introdujeron mejoras sino hasta después de 1840.

La botica era el punto de reunión de médicos desocupados, vivac de estudiantes veleidosos, y de vecinos y vagos; el boticario llevaba la batuta de la charla, recibía consultas, enderezaba entuertos y tenía su tesoro de confidencias de todos. Cada medicina que preparaba era una delación que ponía en duda virtudes eminentes y podía citarse como cuerpo del delito.

Los tertulianos tomaban aplipur con nitro si hacía calor y si frío un fajo alcohólico, mientras el boticario en un extremo del mostrador despachaba sus consultas y sostenía el refrán de "como no se queme el pozo poco se pierde," y al toque de ánimas, o sea a las ocho, se repartían gratuitamente medicinas a los pobres.

Este era uno de los muchos tipos representativos de la sociedad mexicana. Por otro lado tenemos al *militar de chanza*, cuya vida era deliciosa: diarios y succulentos banquetes, expediciones y cabalgatas, música a las puertas del cuartel y visitas de personas distinguidas a los compañeros de armas. En lo sustancial el servicio con tantos levantamientos y cuartelazos no tenía ni pies ni cabeza. A cierta hora, el capitán estaba de visita; el cabo de cuarto, en el billar, y no había guardia porque se había marchado con todo y fusiles al paseo de Ixtacalco.

Paseando por la calle de San Francisco o por la plazuela de Guadiola, frente a la casa de los azulejos podía encontrarse a eso de las doce a la Güera Rodríguez, emparentada con el conde de Regla y el marqués de Guadalupe. Al sargento de rizo tras de la oreja, largo bigote y buen cuerpo. La mujer del pueblo con su corpiño encarnado, y la saya y la mantilla de la mujer de mundo, sobresalían en el paseo.

Si se cambia de rumbo hacia la Plaza Mayor o Santo Domingo, podrían observarse los puestos o lugares de los *evangelistas*. Era este tipo generalmente un hombre que frisaba de los 40 a los 60 años, pobre, sucio y encorvado, con anteojos en la nariz, el sorbete hundido, papel de cartas al frente, tinta y plumas; dispuesto lo mismo a escribir cartas sobre asuntos de leyes, que billetes amorosos o versos satíricos, escuchaba al cliente cejijunto y reflexivo, tratando siempre de agradarlo lo mismo si se trataba de un pobre que de una persona regular o un *payo* que visitara a la capital y quisiese enviar un saludo a su familia; generalmente las cartas empezaban con las mismas frases sacramentales.

Tosa clase de tipos desfilan por estas páginas: el gendarme de los romances, el sereno, la vendedora de aguas frescas o chiera, los pregoneros y las comadres, que acaparan la atención del lector.

COSTUMBRES

CUANTO PODRIA decirse acerca de México y sus costumbres. Todo nuevo y siempre viejo, México con su fondo policromo de plumas de Quetzal, con fulgores de oro y sombras de obsidiana, con suavidad de pluma y aspereza de púas de maguey. El México de hoy, de ayer y de mañana, palpitando siempre, plasmando un concepto de belleza eternamente, y creando en el crisol del dolor una raza fuerte.

Las costumbres de México son resultado de la fusión de dos razas extrañas, fuerte y dominadora la española, triste y resignada la aborigen. Nadie que haya escrito sobre México, desde Bernardo de Balbuena hasta Alfonso Reyes, desde Humboldt hasta la señora Calderón de la Barca, podrá dejar de referirse a las costumbres mexicanas. El indio, el mestizo y el criollo, descubren y crean su propia manera de vivir, de donde surge a la vida una nueva raza.

En cualquier calle, en cualquier rincón de la ciudad, toparemos con las costumbres exclusivas de este pueblo, con su sello tan peculiar como su propia manera de vivir, tan nuestras como el sarape de Saltillo de tintes multicolores y el de Oaxaca de tonalidades oscuras, como el sombrero de charro recamado de oro, como nuestras jícaras de Michoacán cubiertas de florones y de mariposas; como las pulseras de plata o los collares de *chilchihuites*, (turquesas) y esmeraldas. Todos éstos son rasgos nacionales, tan nuestros como la celebrada cortesía mexicana, tan propios como la belleza un poco oriental de nuestras mujeres, todo tan emblemático como el *Credo* de Ricardo López Méndez, que resume a México:

México, creo en ti,
porque escribes tu nombre con la X
que algo tiene de cruz y de calvario.

Esto es México, tal y como palpita en nuestra propia entraña, que ha ido evolucionando a través de los años pero que en el fondo es el mismo México, el México tradicional del siglo XVI, el México del XIX o de hoy siempre burlón pero siempre acogedor.

y paliacates, la jergueta para el trabajo, el castor para la provocación y el lujo, el sombrero de paja grosera para los pobres y el llamado panza de burro.

Así se encontraban las modas, tanto en las clases altas de la aristocracia como en el vulgo pobre y sencillo.

LOS BAILES

Poco antes de la Independencia conservaban cierto verdor los bailes en que se reunían los descendientes de los conquistadores, los criollos ricos y todos aquellos que presumían de ostentar un título de nobleza. Se bailaban los minués, así como el repicar de castañuelas, el olé y el campestre; mientras el pueblo se divertía con el jarabe, el dormido, o sean variantes del jarabe, con su música especial, así como otros soncitos del país como el trompito o el perico.

Hacia 1860 se acentuó el alboroto en los salones que eran la tertulia murmurante de los bailes; los caballeros invitaban a valsar a las señoras y éstas asentían ceremoniosamente, como si se tratara de un solemne deber. Se bailaban las cuadrillas que se encontraban explicadas detenidamente en el *Manual de Ibarra*, con sus apéndices de música, esquemas y litografía. Todo lo que rodeaba estas generaciones tenía como fundamento lo subjetivo y lo sentimental, que presidía los más pueriles actos. Las cuadrillas históricas tenían un penetrante sabor romántico. Estaban basadas en algún hecho histórico, como por ejemplo las cuadrillas sobre la guerra de Rusia. Se leía primero el argumento histórico de la cuadrilla y sobre él se interpretaba, según las órdenes que iba dando el bastonero o maestro de ceremonias, que se colocaba en medio del salón y decía: "El ejército francés da la carga y entra a degüello..."

"Sin soltarse, a fin de no descomponer la figura, todos hacen cuatro pasos de polka o balancés. Concluidos éstos, pasan los señores el brazo derecho por su espalda; las señoras, con la mano izquierda, toman la de sus compañeros; éstos, sin soltar la derecha de la señora, levantan el brazo y la señora el codo. En esta posición cada pareja se dirige a su primitivo lugar, debiendo de invertir cuatro compases y quedar todas las parejas con el frente al centro..."

En estas cuadrillas se interpretaban los más nimios detalles de la gran batalla; con figuras, evoluciones, pasos o conversiones, se simulaban los preparativos de los rusos; la ceremonia de condecoración a los oficiales franceses, la orgía en el Palacio Imperial, y toda esa serie de cosas que

ENRIQUE FERNANDEZ LEDESMA. *Viajes al Siglo XIX*. (pp. 43 a 49.) México, 1953.



CUADRILLAS HISTORICAS

hacían que nuestros antepasados se sintieran exaltados, poniendo todas las potencias de su alma en estas minucias. Las mamás vigilaban a sus hijas, jugando con los abanicos de miniado varillaje de gasa o de edredón, abanicándose con lentitud, graciosamente y con cierta languidez en que había mucho de coquetería. Algún caballero se ponía galante con la dama de sus sueños y le decía el almiarado piropo:

“—Me complace valsar con usted, bella Doloritas, porque es usted una pluma. Y porque ya le salen, limpios y elegantes, los paratusés del degüello y los pamarchés en el *figurado* del incendio...”

Famoso fué el baile que el ilustre don José Gómez de la Cortina y Castro, conde de la Cortina, ofreció a su Alteza Serenísima don Antonio López de Santa Anna. La sociedad de México se sentía suspendida y desconcertada ante las magnificencias de Su Alteza, que había restaurado con un aparato enteramente monárquico la Orden Mexicana de Guadalupe. Gómez de la Cortina recibió la Gran Cruz y, en correspondencia a la distinción, quiso ofrecer un suntuosísimo sarao en el Palacio Nacional, por el que desfilaron nuestras más bellas mujeres y nuestra mejor sociedad, según comentario de *El Eco*, en crónica de aquel baile regio, baile que fué “la fiesta más lujosa y brillante que México vió tal vez!”

En las casas de la alta aristocracia se bailaban los bailes de Pautret, los boleros, el Wals o Vals de Amor, las contradanzas y bailes andaluces como la petenera y la manta, la cachucha y el gato. La balona, que tenía algo de la rapsodia griega y era el canto dolorido o la reminiscencia de algún héroe. Lo que también estuvo muy en boga fueron las representaciones caseras de pastorelas, coloquios, comedias y sainetes.

Las personas de la clase media organizaban sus bailes, según sus posibilidades económicas. Don Guillermo Prieto los satirizaba. Publica, en 1840 en el *Museo Popular*, bajo el pseudónimo de *Don Benedetto*, unos versos tomados de su comedia *El Alférez*, para dar idea de uno de estos bailecitos:

No hace mucho concurrí
Con mi querida Matilde
A un baile de gente humilde
Y escuche usted lo que vi...

A estos bailes se les daba también el nombre de bailes de “medio pelo.” Se realizaban en una sala con ventanas para algún callejón, que más bien parecía un gran corral que servía de paraje de arrieros. Estas ventanas completaban generalmente sus vidrios con papel aceitado, para no interceptar del todo la luz. Las paredes eran generalmente blancas, sin

¹ ENRIQUE FERNANDEZ LEDESMA. *Viajes al Siglo XIX*. (“La cándida sentimental de las cuadrillas históricas,” pp. 43 a 49.) México, 1933.

² GUILLERMO PRIETO. *Memorias de mis tiempos*. México, 1906.

friso ni adornos; unas sillas y una mesa con puchas, rodeos y tiras de queso; entre botellas de rosolis; catalán y vasos de sangría y chía.

En el fondo se encontraba la música, compuesta de dos bandolones y una flauta. La concurrencia estaba constituida por parientes y amigos íntimos del dueño de la casa, algunos militares y unos sacerdotes de la Merced o San Francisco; las damas vestían según la moda los túnicos de muselina y carrancán, las mascadas de India y la pañoleta; iban peinadas de caracoles y peinetas de olla, de teja y zapatos de raso chino y media de seda. Los hombres llevaban traje de charro o algún viejo frac o levitón.

Fidel describe más amenamente los bailes de la clase media o baja que la aristocrática; porque conoce más a fondo este medio que el de las clases altas. Además, como él no se distinguía por ser un buen bailarín, no puede describir a fondo la delicia del baile, sino que más bien lo ve desde el lado cómico; satirizándolo.

LAS COMIDAS

Los lugares en donde se servían comidas durante el siglo pasado eran generalmente los cafés, que tenían su servicio debidamente preparado para satisfacer al cliente. Hubo muchos cafés de renombre. Ya en otro lugar de este breve estudio me refero especialmente a los que alcanzaron prestigio entre nuestra buena sociedad. Para la gente de la clase media existían las fondas o los puestos que se encontraban en los portales, pero generalmente la gente de la clase alta prefería comer en su casa la comida sazónada al estilo español o a la mexicana.

Fidel conoce muy a fondo la cocina mexicana. Nos da pormenores de cómo se condimentaban y aun compara la comida mexicana con los guisos a la francesa o a la americana y suspira por nuestros platillos cocinados a base de picante y de carne.

Generalmente en las casas pertenecientes a la alta sociedad se servía en el desayuno el chocolate de tres tantos (igual cantidad de canela, azúcar, y cacao) o el champurrado o café con leche con tostadas o molletes. Si en el intervalo de las comidas se presentaba alguna visita, se le obsequiaba con vinos dulces como el Málaga o el Pajarete, con puchas, rodeos, mostachones, soleñas y queso frescal, si se trataba de una dama, y a los caballeros se les ofrecía un catalán o una copa del llamado judío.

En las comidas se servían sopa de raviolos, arroz con chícharos con rueditas de huevo cocido y seos fritos. La olla podrida, compuesta de toda clase de verduras y aun de frutas. Había también pollo almadrado, pichones en vino o conejos en salsa. El plato de peso se encontraba consti-

tuido por torta cuajada, patos en cuñete, guajolote relleno o deshuesado, mole poblano o huevos en salsa blanca.

Los postres merecen especial mención porque se ponía en ellos todo el arte culinario. En ocasiones eran los cubiletes y huevos rellenos, la cocada, los *axocxtles* reales rellenos de coco o el zapote batido con canela y vino.

Las antiguas familias de hacendados que conservaban aún las costumbres de la época colonial, tomaban las dos sopas de rigor, el puchero con sus sabrosos y variados adminículos, el pavo asado, los chiles rellenos o manchamanteles, el pipián y el sabroso mole de olla, todo con buen vino cascarón o con pulque embotellado por la señora Adalid. Por la noche se servía también el espumoso chocolate con bizcochos de la casa de Ambriz o de Santa Fe. Daban solaz a sus estómagos interrumpiendo la rutina de la sopa y el puchero con el arroz con leche, la conserva de zarzamora o durazno, los guayabates de Morelia, los acitrones de Guadalajara, la cajeta de Celaya, la tacita de Salvia, la manzanilla o el café.

Las personas de la clase media se alimentaban bien, ya que la moneda poseía su efectivo valor y los artículos eran baratos. En casa de estas personas, diario había atole para desayunar; a las once su copita de anicete y a las tres se servía la comida compuesta generalmente de sopa de tortilla, lomo de carne con mostaza, perejil o chile. Este platillo variaba, unas veces eran chilaquiles, otras rabo de mestiza, nopales o carnititas de puerco. Por último frijoles con cebolla picada, queso de La Barca o pedazos de cecina y aguacate. De vez en cuando podían darse el lujo de una copita de cascarón refrigerante o de anicete de Mayorca. Y como único postre alguna fruta de tiempo como las guayabas o los mangos.

Las clases bajas hacían su comida con maíz, frijol y chile, acompañada invariablemente de pulque.

EL TEATRO

En México el teatro no había alcanzado un gran desarrollo. Entre los años 1800 a 1805 no había existido ninguna obra digna de mencionarse.

El gobierno de la colonia había ordenado representaciones con motivo de las entradas de los virreyes o las fiestas de aniversario de los monarcas, funciones que se efectuaban en el Coliseo con obras que habían pasado bajo la supervisión oficial.

En la época en que Guillermo Prieto era niño se representaban obras como *El Anillo de Guiges*, *Juana la Rabicorlona*, *El mágico prodigioso* y otras preciosas comedias que alternaban con el *Don Dieguito*. Agustina

Montenegro daba vida a *La vejez*, *viruelas* de Bretón, la Chata Munguía entonaba sus canciones picarescas, Rocamora esclavizaba las almas con sus *Hidalgos de Medellín* y su *Tripoli*. Isabel Rendón, la Gamborino y Aguila incendiaban los espíritus con sus zorucos, boleros y su baile inglés.

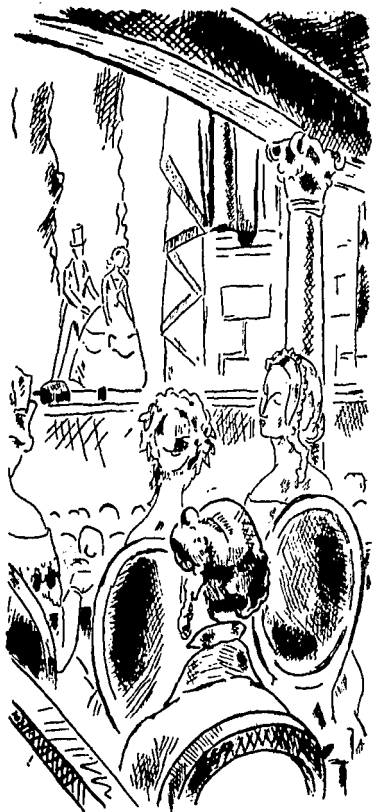
El teatro de títeres había alcanzado mayor desarrollo representando piezas como *El negro fingido* y el sainete *Calés y fondas* cuya representación tuvo lugar en el palenque de gallos. En 1817 se hacen cargo de la empresa del Coliseo los actores Luciano Cortés, José Antonio Herrera y Andrés del Castillo. En la primera función se representaron *Las mocedades del Cid* de Guillén de Castro.

Durante las luchas de independencia apenas si se había representado alguna comedia y hubo uno que otro brote de ópera. Continuaron así las cosas hasta el año 1821 en que Fernando Ortega estrena *México libre*, José Villaseñor y Cervantes *La gloria de la nación por su Rey y por su unión*. El año 1823 es saludado por la ópera *Adela o la constancia de las viudas*, y *El solitario*, que se estrena en 1824. Es una ópera compuesta por Esteban Cristiani, que escribe también la tragedia de circunstancias *Régulo o el patriotismo en triunfo*, que da lugar al teatro nacionalista esencialmente patriótico.

El teatro de los Gallos llamado también Provisional o de las Moras es reconstruido e inaugurado en una solemne fiesta con el prestidigitador Castelli y con García. En 1831 aparecen las compañías de ópera italianas, como las que encabezan Filippo Galle y Carolina Pelligrini y Sirletti, que representaron *Doña Intés de Castro* y *Ricardo Corazón de León*.

Los defectos de que adolecía nuestro teatro habían sido siempre desde su infancia su falta de unidad y de armonía en la expresión, ya que carecía de una escuela bien elaborada. Es hasta la aparición de don Manuel Eduardo de Gorostiza cuando el teatro tiene una dignificación propia; sus comedias aportan una verdadera modernidad a las obras, porque tienen dos puntos de equilibrio: el idioma puro que no envejece y una gran claridad en cuanto a las ideas aunque se encuentra influido sobremanera por el teatro francés. Hace representar sus comedias y los críticos lo reconocen como el nuevo Moratín. Escribe *Contigo pan y cebolla*, que se estrena en 1833, *Las costumbres de antaño*, *El amigo íntimo* e *Indulgencia para todos*.

En 1836 viene la planteación formal de la ópera con la compañía traída a México por don Joaquín Patiño a expensas de don Manuel Eduardo de Gorostiza, y por cuenta de quien fué traída también la compañía de la Albini (Marcela), la Cesari, la Passi, Mountrevor, Tomassi, Spontini y otros. Don Guillermo Prieto, casi adolescente, escribe unos versos a la Albini. Aunque él mismo dice que "no valían una higa," estos versos se hicieron populares, principalmente la estrofa que decía:



EL TEATRO

Tu dulce, tu grato, tu mágico canto
enciende mi encanto,
mi tierna emoción:
rival de las gracias, de amor precursora,
ya se oye sonora
tu mágica voz...¹

Esta estrofa fué enarbolada por los partidarios de la Albini, pues había sobrevenido una rivalidad entre la Albini y la Cesari. El bando de la Albini estaba dirigido por Gorostiza, a quien seducía la beatitud melancólica de Marcela, mientras el conde de la Cortina pugnaba por los ojos verdes y el palmito de nereida de la Cesari. Estos primeros albores de ópera habían destronado a la Chata Munguía y a Rocamora, aunque ciertos aficionados seguían ensalzando *La patera*, *Los hidalgos de Medellín* y el *Tripoli*.

Más tarde se desató un nuevo furor por asistir a los teatros y la competencia llegó al máximo entre el teatro de Nuevo México y el Principal. En el primero estaban la Cañete y la Peluffo, actrices, y en el segundo la Dubreville y la Pautret acompañadas de las estrellas Miguel Valletto y Soledad Cordero, además de Castro Castañeda y Salgado. Es la época de la Platero, de la Dolman y de Chucha Moctezuma.

Se cantaba la tonadilla de *La tirana*, *La cazadora*, la del *Mal modo de pensar* y la de *Los pelimetres*, en que se fija la pintura de los *lagartijos* de la época. Aún se cantaba:

Los muchachos de estos tiempos
son como el atole frío...
perdidos de enamorados
y el estómago vacío...

A lo que contestaban:

Las muchachas de estos tiempos
son como las aceitunas,
las que parecen más verdes
suelen ser las más maduras...²

Estas coplas y revistas un poco soeces atrajeron una invasión de ebrios y gente ordinaria que alejó del teatro a la buena sociedad y comenzó entonces la decadencia de las máscaras, pues éstas habían disfrutado de un gran auge debido a que el teatro, el lujo, el talento y la gracia se dieron cita para los bailes de "vieja," de "piñata" y de "fantasía."

Ya había empezado a perfilarse el romanticismo en el teatro, que apareció de lleno en 1838 con Ignacio Rodríguez Galván quien estrena *Muñoz, visitador de México*, con la que presenta el mejor caso de asimilación de una escuela extranjera por un poeta mexicano. Más tarde estre-

¹ ENRIQUE FERNANDEZ LEDESMA. *Viajes al Siglo XIX*. ("Gorostiza, ancla de actores y actrices.") p. 28. México, 1933.

² GUILLERMO PRIETO. *Memorias de mis tiempos*. México, 1906.

na en el Coliseo Nuevo y en el Teatro Principal *El privado del Virrey*, en 1842. Su infancia amarga, su amor juvenil y sin esperanza por la actriz Soledad Cordero, y su muerte al estilo de Byron o de Chénier hacen de Rodríguez Galván la más conmovedora figura de la historia lírica del país.

El amor de Rodríguez Galván por Soledad Cordero estaba justificado. La actriz poseía una adorable figura, con la elegante languidez de la época y sus modales de auténtica dama. La bondad de su trato, su inteligencia y su intachable conducta hicieron de ella una especie de "Ave Fénix" admirada y querida. Los mexicanos del 42 se extasiaban ante los encantos de la dama, suspirando por su cuerpo flexible. Rodríguez decía de ella: "Es una Diana y no la del paganismo, que aquella caza corazones sin herirlos..." pero a esta moderna cazadora no llegan nuestros corazones porque se quedan detenidos en la barrera de las Siete Virtudes..."¹ A este amor desconsolado y sollozante debióse en gran parte el exilio y la muerte del poeta.

En este año 1842 ingresa don Guillermo Prieto en el teatro con su única contribución, un drama titulado *Alonso de Avila*, que se estrena en el teatro Principal. Como no obtuvo mucho éxito, don Guillermo decide convertirse sólo en espectador. En 1855 ingresa en la literatura dramática José T. Cuéllar con su drama *Deberes y sacrificios*, al que añadirá *Azules de una venganza* en que se preocupa hondamente por la cuestión social.

Los autores surgen gradualmente marcando retrocesos o estancamientos, pero poco o nada es duradero y en general el teatro continúa siendo despreciado, desconocido e inaccesible. Un grupo de poetas dirigidos por Guillermo Prieto improvisan *Un liberal por fuerza*, así como la adaptación de *Malditas sean las mujeres*. Surgen diversos traductores y adaptadores como don Alejandro Arango y Escandón, que vierte obras de Corneille y Alfieri. Federico Gamboa con *La última campaña* señala la introducción del naturalismo en el teatro (1894), Isabel Prieto de Landáuzuri es, después de Sor Juana, la primera mujer que escribe para el teatro: *Un lirio entre zarzas*; José Peón Contreras escribe *Luchas de honra y amor*, *La hija del rey* y otras.

Viene la época de los grandes escritores. Surge Manuel José Othón; el cubano José Martí, con *Amor con amor se paga*. Este movimiento de los años 1878 a 80 motiva la aparición de los críticos de calidad literaria a quienes se seguirá más tarde, los principales son Manuel Gutiérrez Nájera y Luis G. Urbina. Todavía dentro del siglo XIX, pero perteneciendo a nuestros días, aparecen José Joaquín Gamboa y Marcelino Dávalos. El primero escribe piezas y crítica teatral: *El caballero, la muerte y el diablo*,

¹ ENRIQUE FERNÁNDEZ LEDESMA. *Viajes al Siglo XIX*. ("El señorío de la actriz Soledad Cordero," pp. 63 a 69.) México, 1933.

y el segundo se dedica a escribir sobre los problemas sociales urgentes del país, siendo nacionalista y revolucionario.

En ópera Luis Baca compone *Leonor*, Antonio Barilli *Un paseo en Santa Anita*, Octaviano Valle *Collilde de Coscenca*, Mateo Torres *Los dos Foscarei* y *Fidelio*, *Romeo* y *Julietta* con libreto de Félix Romani, y Felipe Villanueva presenta *Keojar* en 1892.

En cuanto a la zarzuela, es género igualmente cultivado. En 1870 había aparecido por primera vez la imitación de las revistas europeas y espectáculos introducidos por Eduardo González. La primera es la revista de 1869 estrenada en 1870 con letra de Olavarría y Ferrari y música de Melesio Morales; más tarde se estrena *El paje de la Virreina* de Alfredo Chavero y música de José Austri (1879), *Una fiesta en Santa Anita* con letra de Juan de Dios Peza y música de Luis Arcazar. Entre 1890 a 92 se representan numerosas zarzuelas mexicanas.

Surge una figura que pertenece por completo a la música: la cantante Angela Peralta, que debuta en 1860 en una función organizada por la asociación de San Vicente de Paul y representa la *Leonora* de *El Trovador*. En 1869 la Compañía Gaztambide había introducido el *can can* que trajo una verdadera transformación.

En 1890 el teatro Arbeu estrena *Chucho el Roto* con actores como Elena Ureña y Virginia Fábregas, Felipe Montoya, Pedro Servín y Rita Cejudo. Los principales teatros de la capital se entregan a la zarzuela y a las tandas graciosas, ligeras e insustanciales; el drama y la comedia se refugiaron en el Teatro Hidalgo, con motivo de haberse derrumbado el escenario del Teatro Principal por el temblor del día de muertos de 1894; se clausura después de haber estado abierto desde 1753; el teatro Nacional, por desperfectos también, es cerrado y en el Teatro Arbeu tras la Compañía dramática de Guerra y Montoya figura la organizada por Virginia Fábregas. Etlvina Rodríguez comienza a figurar en la zarzuela.

Don Guillermo Prieto en sus *Memorias* sólo nos da idea del teatro en sus primeros años de la primera mitad del siglo XIX; no nos da pormenores, sino que simplemente ridiculiza las coplas y comedias de este siglo y proporciona noticia de los teatros y las actrices.

PASEOS

Nuestros abuelos no disfrutaban de muchos paseos, pero existían algunos, por ejemplo el paseo de Bucareli y la Alameda, que constituyeron en una época el escenario por el que desfilaba lo mismo la buena sociedad que el populacho. Casi todas las ciudades tienen su alameda y la de Mé-

xico es una de las más bellas; forma un cuadrilátero que en ese tiempo se encontraba cercado por un muro de una altura proporcionada para apoyar en él comodamente los codos. A lo largo de este muro había un foso profundo, cuyas estancadas aguas exhalaban emanaciones fétidas que perjudicaban el paseo. En cada uno de los ángulos había una verja de hierro para el paso de los coches, los jinetes y los peatones. Multitud de árboles formaban una sombría bóveda, mientras los caballos caracoleaban y galopaban sobre un piso enarenado. Varias calles de árboles convergían hacia centros comunes adornados con fuentes. Las señoras de la alta sociedad iban de saya o mantilla, recostadas sobre los almohadones de sus carruajes, descubriéndose sus lindas caras y abanicándose mientras la multitud que iba a pie ofrecía una vista curiosa por la gran diversidad de sus trajes.

Después de dar cierto número de vueltas, los coches abandonaban la alameda seguidos por los jinetes, para internarse en el paseo de Bucareli que se encontraba circundado por árboles y en que los jinetes se saludaban unos a los otros y las señoras se dedicaban a hablar unas de otras y a dejarse admirar por la muchedumbre.

En cuanto al pueblo, nada era comparable para él al gran paseo de la Retama. A la izquierda de la frontera de Necatitlán se penetraba en un callejón estrecho, al final del cual se leía: "Gran Paseo de la Retama," en el que se entraba por una puerta angosta detrás de la cual había una viga movediza. Al tocar tierra firme el camino se bifurcaba en dos, uno para la gente fina y otro para el pueblo; todo el paseo era un corral atravesado por una zanja en su centro con algunos arbolillos a la orilla de la acequia. En el departamento del pueblo se agitaban gimiendo una serie de juegos como columpios, subibajas, volantines, entre los cuales se deslizaban los dulceros, pasteleros, vendedores de palanquetas, ponteduro, pinole y garbanzos, saltando sobre puestos de naranjas, cañas y cacahuates.

Entre los decentes alternaba la música de viento con la de cuerda y se tocaban contradanzas, cuadrillas y valsés, mientras se bebía sidra o agua fresca en asientos colocados exprefeso.

Uno de los esparcimientos más típicos lo constituía en el año 1850 el Paseo de las Cadenas, nombre que se le daba a los pequeños postes que circundaban al atrio de la catedral y que se unían por medio de cadenas colgantes. Este era el paseo vespertino de la ingenua sociedad; por él desfilaron grupos de todas las clases sociales, las señoras jóvenes del brazo de su marido, los *pollos* presumidos lucían su figura ante las señoritas que caminaban acompañadas de su mamá. Se formaban grupos que se situaban en algún lugar y constituían la tertulia de donde salían comentarios y chis-

¹ GUILLERMO PRIETO. *Memorias de mi tiempo*. México, 1906.



PASEO DE LAS CADENAS

mes, mientras los vendedores pregonaban sus mercancías como la vendedora de castañas que gritaba:

¡Las castañas,
doraditaas,
calientitaas,
asaditaas!
¡Las castañas
que quitan el frío y las mañas!¹

Las damas y los caballeros compraban y consumían tamales y buñuelos, piñonates y empanadas, condumbio y mueganitos, y dejaban sobre las losas del paseo las cascarillas de castañas y cacahuates.

Saliendo fuera de la ciudad también podían encontrarse paseos muy bellos como el de la *Viga*, con sus hermosos árboles sombríos y el canal por el que se deslizaban las canoas de los indios con sus guirnaldas de flores y sus guitarras, entonando canciones, mientras las señoras se paseaban cerca de la orilla dentro de sus carruajes, saludando a sus conocidas, ya que los carruajes iban y venían cruzándose. Se compraban flores, verduras y frutas. Siguiendo el canal se podía llegar a Santa Anita, con sus famosas chinampas flotantes cubiertas de legumbres y flores donde los domingos se celebraban fiestas con música, cantos, bailes y venta de comidas y bebida.

Otro paseo famoso lo constituía en tiempos de don Antonio López de Santa Anna la fiesta que se celebraba cada año en la pascua del Espíritu Santo, en San Agustín de las Cuevas, donde se jugaban grandes cantidades de dinero, se organizaban bailes, cabalgatas y partidas de gallos.

Estos eran algunos de los principales lugares en que encontraban solaz nuestros abuelos y por los que Prieto desfiló, siempre con los ojos abiertos, grabándolo todo en su memoria.

FUNCIONES RELIGIOSAS

En aquel México de 1800 la gente se encontraba dominada por un fanatismo acendrado, fruto de un gobierno colonial que habían mantenido al pueblo en la ignorancia, y que con el pretexto de destruir falsas creencias había convertido la religión católica en algo distinto a lo que debía ser. Se predicaba la caridad y el amor y los religiosos lo desmentían con sus hechos, viviendo a costa del creyente y dominando al indio y al mestizo por medio del miedo.

Había por consiguiente demasiadas supersticiones de cuentos de fantasmas y de aparecidos. Así la gente decía que en la calle de Cordobanes

¹ ENRIQUE FERNANDEZ LEDESMA. *Viajes al Siglo XIX*. ("El paseo de las cadenas," p. 91.) México, 1933.

se aparecía el fantasma del Dongo, mientras el coche de la lumbre recorría desde la viña hasta las calles del Estanco Viejo; la llorona *atravesaba* gi-
miendo desde la calle de la Buena Muerte hasta el Canal de la Viga. El
toque de queda marcaba el momento en que los espantos del callejón del
Muerto y la Casa de Aldasoro, que estaba cerca de Bucareli, abandonaban
sus sepulcros para perturbar a los vivos; asimismo las brujas y los duendes
hacían un papel interesante en las tertulias y veladas. El clero unas veces
combatía esto y en otras ocasiones lo fomentaba acompañándolo de la ame-
naza del fuego eterno en el infierno.

Don Guillermo nos hace estos relatos con la gracia que le caracte-
riza y afirma que no había nada tan satisfactorio como las relaciones con
los frailecitos, debido a que siempre estaban de fiesta con motivo de las
tomas de hábito, bendiciones de casas y haciendas que eran motivo para
suculentos comelitones. Se respetaba y se temía a la Iglesia; para estar
bien con el padrecito se le hacían regalos y aun la gente más miserable le
obsequiaba con gallinas o frijol. Así los frailes ocupaban los más pingües
y opulentos empleos del país, veneros de fortunas mundanas, resortes de
poderosas influencias, secreto del fervor religioso y palanca que movía a
su antojo la máquina social.

Los frailes hacían acopio de distracciones y alegrías. Casi siempre
tenían fiestas con este o cualquier otro pretexto, así en:

Enero, rifas de santos para obtener dinero para sacar el patrón de
todo el año.

Febrero, carnestolendas, retozo de cascarrones y penitencias.

Marzo, altares a la Virgen de Dolores, paseo de flores y comuniones.

Abril, Semana Santa, en que quedaba suprimida toda autoridad y
sólo dominaba el director de conciencia. En la Semana Santa dominaban
los distintos días diversas funciones, así el Domingo de Ramos había can-
tares y palmas; el miércoles, prendimiento y aposentillo; jueves, lavatorio
y monumentos; viernes, tres caídas, encuentro, procesión de pésame y
sermón; el sábado, gloria, judas y jolgorio.

Diciembre, nacimiento, pastorelas, posadas, Noche Buena, baile
y rezo.

La mezcla de lo místico y lo ridículo en ninguna parte aparecía me-
jor que en las monjitas. Había en el interior de los conventos remedos de
fiestas religiosas mezcladas con lo profano, posadas, pastorelas, paseos, etc.,
y de esto sacaba pingües gajes el mayordomo de los padrecitos, buscas
muy legales y lucrativas. Para la profesión de monjas, después del novi-
ciado se concedían a la futura madrecita los tres días de libertad, en que se
le paseaba en coche, y se le daba toda clase de libertad para que se despi-
diera del mundo, entregándose a toda clase de francachelas para enterrarse

después de por vida en el convento. En una misa solemne que se celebraba
en la capilla anexa al convento, del que no volvería a salir ni muerta, re-
nunciaba al mundo y se le cortaba el cabello como símbolo de que dejaría
los goces de la vida para dedicarse a Dios.

Tal era la vida de los frailes y las monjas que durante las épocas
tormentosas de levantamientos abandonaban los conventos y alentaban a
los partidarios de uno u otro bando, cuidando de estar siempre de lado del
que les asegurase sus privilegios y amenazando con la excomunión a sus
enemigos.

LUGARES PUBLICOS

M E HE PERMITIDO establecer dentro de este pequeño estudio una clasificación convencional de los sitios a donde concurrían nuestros bisabuelos, a fin de dar una vista parcial de aquella sociedad, algunos rasgos de los hombres de ayer y la interpretación de su espíritu, así como los lugares en donde vivieron y se deslizó "aquella buena crianza que caracterizó la buena vida de nuestro casticismo criollo," lleno de sensibilidad y de simpatía, sin el cual no podría entenderse el México de hoy. Intento presentar los recuerdos de los cafés y de los literatos, con evocaciones de frases y anécdotas, tal y como surgen a cada momento en el recuerdo del viejo poeta, con la emoción y el colorido de quien los ha vivido.

EL CAFE DE VEROLY

Entre los sitios públicos que contaron con más simpatías en la colonial ciudad de México, se encontraba el *Café de Veroly*, que era el punto de cita de moda, el refugio de los despreocupados, principalmente durante el año 1838. En él se reunían abogados, cómicos, niños finos, periodistas, bailarinas, caballeros de industria, etc. Los vejetes ricos se presentaban a menudo dando el brazo a actrices del teatro de Los Gallos o a "golondrinas" del callejón de López. Se conversaba y se bebía alguna cosa, pues mientras unos pedían atole de Astorga con tamales cernidos o café con crema a la vainilla con bizcochos de Ambriz; otros se solazaban con chocolate de las clarisas con huesitos de manteca del Espíritu Santo o miel perfumada con cáscara de naranja. Otros deseaban cenar y entonces se hacían los honores al pollo "a la Tortoni" o las perdices "a la Veroly," o las empanadas de la Concepción acompañadas de una botella de Pedro Ximénez. Como postre se ofrecían los alfeñiques de San Lorenzo, las pastas y las jaleas de las Bernardinas, los calabazates de San Jerónimo o las mermeladas de Balvanera.

El café era un lugar lujoso; la parte superior del edificio era casa de huéspedes, con corredores angostos que daban al patio cubierto de cris-

tales. En el patio, distribuidas, había mesillas redondas para cuatro personas, mientras en el fondo del salón se encontraba el despacho con el mostrador lleno de bizcochos, tostadas y molletes; café, chocolate, copas y botellas para servir el catalán y los licores.

Había mesas de ocupación permanente, de jugadores de dominó, o de ajedrez; se cruzaban anécdotas picarescas y crónicas escandalosas. En los corrillos de "viejos verdes" —dice *Fidel*— se referían "ya los ingeniosos robos de Martín Garatuzá, las chispeantes coplas del Negrito Poeta o los agudos dichos de la güera Rodríguez."

Los vejetes "verdes" retiraban con estudiada ceremonia, la mantelita o crispín de los pulidos hombros de las damas, se apresuraban a acercarle asiento y tendiendo la mirada se descalzaban el guante violeta de piel de cabra. Elegían un lenguaje retorcido lleno de almiaradas palabras, y mientras aparecía el camarero preguntaban:

"—El perverso relente de esta noche, ¿no habrá resfriado ese nido de ruiseñores?"

"—¿Cuál nido...?— inquiría desconcertada la damisela.

"—La garganta de usted, deliciosa Lolita...

"—Puede... —añadía otra de las sifides—; pero con tomar una copa de pajarete o de Málaga...

"—Pues a pedir lo que sus finas mercedes gusten para regalarse..."

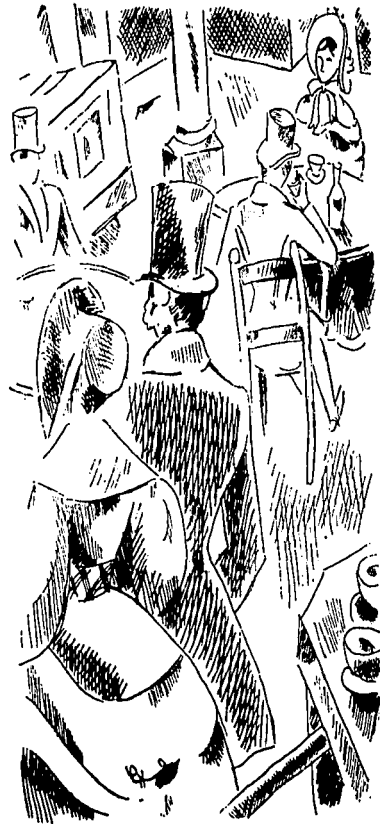
En *Veroly* se oían los comentarios de la gente de pro en materia literaria. Se hablaba de la Academia de Letrán y de sus miembros. Se lanzaban juicios sobre los poetas Couto, Pesado, Lacunza y Quintana. A veces hacían su aparición algunos de estos personajes. Gorostiza, en pos de actores y actrices; Calderón, narrando a gritos un nuevo asunto para un drama; Carpio, explicando los misterios de Jerusalem y Prieto deslizándose, entre colpa y copla, sus aventuras callejeras o declamando coplas del Negrito Poeta, como aquella en que satirizaba a un señor Oropeza:

Tenía aquí al Ecce Homo
de la fortuna traviesa;
que si ayer pesaba plomo
hoy el señor Oro-pesa...

El café era además el refugio de los provincianos, que asistían a él a saborear el chocolate de tres tantos acompañado de molletes, soletas o tostadas ovalinas de Riquelme, y preferían para empezar una copa de la "Cariñera," del "Perfecto amor" o de "Anís sincopado;" al mismo tiempo que veían desfilar a los nenes aprendices de hombres de mundo, o a los

¹ ENRIQUE FERNANDEZ LEDESMA. *Viajes al Siglo XIX*. ("El café de Veroly.") México, 1935.

² ENRIQUE FERNANDEZ LEDESMA. *Galería de Fantasmas*. ("Fidel y las evocaciones del Negrito Poeta.") México, 1939.



CAFE DE VEROLY

pollos pedantes, desgarbados y ridículos. Conocían de cerca a los hombres de celebridad como el ilustre conde de la Cortina, a las encantadoras artistas Joaquina y Aurora Pautret o a la Douvreville.

El café de *Veroly* cedió años más tarde su lugar al *Café inglés*, situado junto al Coliseo Viejo.

En 1833 había en el Portal de Agustinos un cafecito llamado *El café del Sur*,¹ que era la exposición perpetua de lo mejor de nuestra sociedad, en donde don Guillermo Prieto gustaba de meterse. Era una pieza larga como de ocho varas en cuadro, con sus dos puertas al portal y un farol entre las dos puertas; con mesillas pequeñas pintadas de pardo, con cubiertas de hule y sus sillas de tule alrededor. En el fondo el despacho con un "desmantelado armazón" y su mostrador con vasos y charolas de hojalata, azucareras, roscas y bizcochos.

"La concurrencia estaba compuesta de militares retirados, tahures en asueto, vagos, abogados sin bufete, politiqueros, clérigos, frailes silenciosos y grupos de *payos*." Se podía ver frecuentemente en el café a un fraile silencioso sentado delante de una mesa retirada, o a un grupo de *payos* que usaban calzonera con botonadura de plata, acompañados de una señora con rebozo de Tulancingo y enaguas de indiana inglesa.

Había grupos de políticos, de literatos, militares o gente de crónica escandalosa, cada cual con su jefe respectivo; en el grupo político llevaba la batuta un señor Palacios Lanzagorta "hijo de uno de los ilustres compañeros del señor cura Hidalgo." En la mesa de los literatos "un capitán Atapana sabía llevar la voz cantante; era un sincero admirador del divino Tagle, de Couto y de Carpio."

Existía asimismo el café de *La gran sociedad*, que se encontraba en la esquina del Espíritu Santo y Calle del Coliseo. Era propiedad de un señor don Román Somera. Propiamente era un hotel dividido en café, billares, nevería y hospedaje, que se distinguía porque era el punto de reunión de la gente "chic."

La gente perteneciente a la clase media tenía también sus cafés en las calles inmediatas a las plazas o en los barrios apartados, a donde se iba a beber el negro líquido, a tomar dulces o natillas y a jugar malilla o tresillo, mientras los políticos pretendían componer el mundo, leyendo la *Gaceta* o el *Diario*.

En los barrios pobres no tenían lugares de reunión como los cafés; los únicos sitios en que podían matar un poco el tiempo, comiendo o bebiendo, eran las fondas y las pulquerías, sitios típicamente mexicanos y netamente populares.

¹ GUILLERMO PRIETO. *Memorias de mis tiempos*. México, 1906.

LAS FONDAS

Las fondas solían estar en lugares apartados, al abrigo de alguna pulquería famosa, o cerca de algún lugar de diversión como la fonda de la guardacasa del teatro, pieza pequeña, sucia y desmantelada, con su braserero a la entrada, su candil de aceite y sus mesas angostas como mostrador, sus bancos de palo blanco. La fonda se llamaba *La madrina*; en ella se servía pollo asado, con ensalada, chiles rellenos, mole y frijoles refritos.

Las fondas centrales como la del Callejón de Bilbao, *Las Colas* en la calle de Cordobanes y el *Arzobispado* de la calle de las Damas, tenían gran concurrencia, por sus sabrosos *peniques* y sus pulques curados, asimismo se recomendaban los envueltos de las cañitas que estaban en la calle de Regina.

El populacho tenía sus fondas en el callejón de los Agachados. También había fondas o bodegones al aire libre en el portal de las Flores, estaban compuestas de un mantel no muy limpio, en su respectiva mesilla, farolillo de papel, platos y vasos; mientras el vendedor gritaba: "Chorizones, pollos, fiambres... Pasen a merendar..."

En algunas esquinas se vendían también pasteles y empanadas que se gritaban: "¡Pastelitos y empanadas. Pasen, pasen a cenar...!"

LAS PULQUERÍAS

Las pulquerías habían existido en México desde los tiempos en que se fundó la Colonia, puesto que ya el pueblo azteca conocía desde tiempo inmemorial el pulque y lo usaba como bebida. El régimen colonial se vio obligado a permitir el establecimiento de las pulquerías, en las que el populacho se reunía a beber, conversar o jugar a la rayuela, y en donde muchas veces estas reuniones degeneraban en riñas. Durante su gobierno, el Marqués de Mancera desterró las pulquerías del centro de la ciudad y sólo las permitió en los suburbios con determinadas condiciones. La bebida se vendía no obstante, en fondas y bodegones. Algunas pulquerías quedaron a las orillas de la población y a sus puertas se vendían enchiladas, envueltos, quesadillas y carnitas con salsa picante.

La pulquería era un jacalón de más o menos cincuenta varas de largo por quince de ancho, con su caballete o techo de tejamanil, sin adornos ni adimniculos; en un extremo de la pared, había un cuadro de la Virgen de la Soledad o un Divino Rostro con su repisa al frente y una lamparita entre manojos de chícharos y amapolas. A dos varas de la pared del fondo ponían una hilera de tinas de pulque angostas, pintadas de colo-

res brillantes, y en las orillas de las tinas, cajetes de barro poroso, cantaritos pequeños y vasos de vidrio verde (*lornillos*). Además las tejas de bronce para el juego de la rayuela, algunos naipes y cazuelas pequeñas con sal y Chile. La espalda de las tinas fungía de aposento de los pulqueros, quienes se sentaban en sillas bajas de tule, frente a una angosta mesa. En los ángulos de la galera se jugaba rayuela, pitina o tuta, en medio de círculos de mecapereros o jornaleros sentados en el suelo; en el centro del local se estacionaban, formando grupos, los bebedores y aun las bebedoras. Solía haber también algún músico de arpa que tocara *El dormido* o *El jarabe*, lo cual daba lugar a que surgieran gritos, silbidos, riñas, reinchos, lloros y retozos, mezclados con cantos de fandango.

A la izquierda, en cuarto cerrado de tablas, estaba el encierro de "los decentes," con dos mesillas angostas con manteles sucios, jarras con flores y bancos pelones. Las pulquerías de fama eran: las de *Nana Rosa* rumbo a la Viga, la del *Tío Juan Aguirre* en Santiago Tlaltelolco, sin omitir el establecimiento llamado *La relana* y *Los pelos*.

LA ADUANA

Guillermo Prieto, bajo la protección de Andrés Quintana Roo, como ya lo he mencionado, ingresa en la Aduana en calidad de meritorio, con dieciséis pesos mensuales, por lo que tuvo oportunidad de observar muy de cerca esta flamante institución. La Aduana "era plebeya, pero podía decir como el don Donato de Bretón, tengo dinero." La Aduana ejercía gran influencia en las prerrogativas oficiales, en las aspiraciones de los altos personajes, en las jefaturas, y en sus conexiones con el rico comercio. La oficina tenía a la entrada un gigantesco cancel, que daba paso a un ancho salón de cuarenta varas de largo, con barandillas y mesas con sus papeletas a los lados. Había tres departamentos: la Administración, la Contaduría y la Tesorería, cada uno con su fisonomía particular: lujoso el primero, silencioso el segundo y tumultuoso el tercero. En el salón principal, las mesas marcaban las distintas ramas y operaciones del despacho: "Mesa de Pases," "Mesa de Viento," "Mesa de Abonados," "Mesa de Efectos del País," "Mesa de Liquidaciones," etc.

En las mesas de pases y de viento reinaba el escándalo y la insurrección perpetua, pues a la primera acudían en tropel los viajeros que, ya listos para marchar, esperaban desde las cuatro de la mañana hasta las nueve que se abría la oficina, y a la segunda los introductores que habían dejado alguna prenda en la garita y que habían pernoctado una noche en la ciudad. "Y ay del infeliz que mostrara impaciencia... Mientras los

causantes bramaban de impaciencia, los empleaditos de tres al cuarto se engolfaban en una disputa sobre el mérito de Chucha Moctezuma o Palomera, o en recitar unas coplas, o en recoger un escote para unas "chalu-pas" o remedar a los jefes e imitar sus firmas.

"A la mesa de viento se agolpaban los queseros,² maiceros, introductores de piedra, vigas, ganado, etc. Las cuotas eran variadísimas, la urgencia del causante la misma, y la holgura y cachaza de los empleados la de siempre."

A don Guillermo, al ingresar en la Aduana, se le destinó precisamente a la "Mesa de Viento," pero como él no era un modelo de laboriosidad ni de fiel cumplimiento, se dedicaba mejor a frecuentar ciertos departamentos que había en la Aduana, habitados por gentes de diversas categorías como costureras, *pilmamas* y criadas, cuyo trato era un gran atractivo para los meritorios. "Yo era —dice don Guillermo— de esa falange, y mi natural propensión a los estudios de costumbres me hizo buscar el contacto de sabrosas, retobadas *pilmamas* y suculentas cocineras habitadoras de aquellas regiones. Mi propensión formó escuela: tuve discípulos, prosélitos y cómplices, y a poco andar aquella Aduana era una maravilla en esto de cuchicheos, trompadas y alegrías..."¹

A pesar de todo esto, no fué muy grato para el poeta el recuerdo de su vida de burócrata, pues con frecuencia lanza frases incisivas contra los altos empleados de la Aduana y toma su más cumplida venganza, describiendo el tipo del empleado de entonces, el célebre *Don Decomiso*. A mi juicio, el cuadro de la Aduana ha sido perfectamente trazado por su pluma; reconoce la eficacia de esta institución y señala sus defectos, errores e im-preparación de sus empleados, con lo cual lega a la posteridad una magnífica pintura.

EL PARIÁN

El Parián era el emporio del buen tono, el sueño dorado de las *curru-lacas* y el ideal de los *petimetres*. He aquí, poco más o menos, la descripción de don Guillermo sobre este edificio:

"Un vasto edificio que ocupaba el cuadrado que hoy ocupa el zócalo. Sus cuatro costados estaban formados por accesorias y éstas tenían ventanas enrejadas que correspondían al piso superior, destinado a los almacenes. Bajo las ventanas había una serie de puertas que correspondían a otros tantos establecimientos comerciales; en el interior había callejuelas y cajones como en el exterior." La parte del edificio que veía a Palacio

¹ GUILLERMO PRIETO. *Ibid.*

lo ocupaban los cajones de hierro de los Chatos Flores. Frente a Catedral había grupos de relojerías famosas, siendo la principal la de don Honorato Riaño. Frente al portal de Mercaderes se encontraba la *Gran Sedería* del señor Rico, los cajones de ropa de los señores Meca, las rebocerías de Romero y Mendoza, la mercería de Vicente Valdez y la *Tiraduría de Oro* de Morquecho y Prieto. En el centro existían suntuosos cajones como el de Izita y otros cuyo comercio principal era la venta de ropa y en los cuales se vestían los elegantes de aquel tiempo.

Los parianistas eran la flor y nata de la sociedad mercantil en México. Su personal era riguroso y exacto en sus deberes y conservaba la tradición española. Los amos pertenecían a la más rancia aristocracia de México; la mayoría de ellos eran españoles o criollos, siempre cumplidos observantes de las prácticas religiosas, fundadores y bienhechores de conventos. Los dependientes se distinguían por su irreprochable elegancia y su finura; además de bailadores famosos y buenos jinetes. Vivían con el patrón y se apegaban a todas sus normas de vida; se levantaban temprano, comían a las doce y cerraban al toque de oración.

A las ocho de la noche, en los quicios de las puertas tomaban asiento caballeros, señoritas y señoras a ver pasar la concurrencia. Los cercaban de pie los tertulianos, pues cada agrupación era una tertulia. La acera del Parián del frente era el complemento del paseo, aunque en los quicios de las puertas se estacionaba gente de baja ralea.

Debido al pronunciamiento de la Acordada y a la lucha que se suscitó entre el general Victoria, que sostenía a Gómez Pedraza, y el partido Yorkino con Zavala y Lobato que querían al general Guerrero, trajo como consecuencia el saqueo del Parián, en donde los ladrones "se herían, se asfixiaban para arrebatarse lo que cogían, y ni el delirio, ni el incendio, ni el terremoto, pueden dar idea de aquella invasión. Las calles de la Palma, del Refugio, frente al Empedradillo y Plateros, se tapizaban con el Cambray, los riquísimos paños, los vistosos listones, etc." Mientras la plebe se disculpaba diciendo:

Viva Guerrero y Lobato
Y viva lo que arrebato.¹

A lo que contestaban los conservadores satirizando las excelencias de la libertad:

No se borra con lechada
El borrón de la Acordada.²

² GUILLERMO PRIETO. *Ibid.*

LA PLAZA DEL VOLADOR

La Plaza del Volador se encontraba situada a orillas de la Calle Real o de Flamencos, en el gran espacio que dejaba el costado sur del Palacio y la Universidad, donde hoy se encuentra el Palacio de Justicia. El lugar que ocupaba era un cuadrado de cajones o jacales de tabla y tejamanil ennegrecido por las lluvias y los años, sucio, cenagoso y en el interior callejuelas estrechas. Del lado de Flamencos (hoy primera calle de Pino Suárez) se encontraban las tiendas de los barberos.

La plaza era en su interior un sistemático desorden; dividida por los jacales y por subdivisiones regulares, se abandonaba a la venta de verduras, frutas, patos, huevos, gallinas, quesos, o carnicerías y tiendas. De espaldas a las barberías había cajones donde se vendía jarcia, sombreros de petate y trastos de loza, barro y cristal. Algunos puestos de fruta tenían mostrador o canastos donde ponían las cosas a la venta pero el común de los traficantes hacía su negocio a raíz del suelo, ofreciendo a la vez manzanas, lechugas y rábanos.

Cuando llovía, la estrechez de las callejuelas, la multitud de transeúntes y la propensión de la gente a las apreturas daba lugar a codazos, empujones y manoteos, así como a un continuo chapoteo entre el fango, cáscaras y plumas, despojos de aves y toda clase de desechos. Allí se vendían productos típicos de la tierra: ranas, ajolotes, montalayos, tripa gorda, pancita, carnitas, etc.

En medio de aquellos remolinos de cabezas, canastos, muchachos y perros, flotaban los vendedores de pasteles y empanadas, *chuchulucos* y quesadillas y los indios vendedores de fajas y monteras, listones y medallas mezclados con los vocadores de papeles, con el recaudador de impuestos, el logrero, así como el fraile o lego glotón que obtenía mercedes en nombre de la Purísima Concepción o de las ánimas del Purgatorio.

Años más tarde todo este pintoresco comercio desapareció, dedicado casi por completo a la venta de fierros y cosas viejas así como a la reventa de libros usados. Entonces fueron otros los personajes que se vieron desfilar, desde el estudiante pobre que vendía los libros o los empeñaba para poder ir al café o al billar, la viuda venida a menos que malbarataba los textos que habían quedado en casa o el celoso coleccionador de antigüedades o de obras raras que andaba a caza de algo extraordinario, y toda clase de gentes que obtenían artículos usados a mitad de precio.

LUGARES PRIVADOS

En esta época las casas se encontraban amuebladas con gusto según fuese la moda que predominara. En el salón existían imágenes de Guatemala y cuadros con marcos de plata, tibores de China, sillas de alto respaldo con asiento escarlatá, espejos de Venecia y grandes candeleros, flecos y candelabros de cristal. Más tarde cambiaron esas decoraciones: el sofá y los sillones tomaron posesión de las salas, cobraron grandes proporciones los espejos, los floreros, los grandes capelos y los relojes de mesa anunciaron lujo, así como los hermosos cuadros. En el año 40 comienza a manifestarse el buen gusto gracias al contacto con el extranjero y a una que otra publicación de modas. Cambiaron las preferencias en muebles y trajes, servicio de banquetes y útiles usuales en el interior de las casas.

Una habitación de persona de la clase media se encontraba en una vivienda principal de casa de vecindad, con empinada escalera, corredor, sala, recámara, comedor y cocina con azotehuela y excusado. En el comedor se encontraban jaulas de canarios, cenizales o gorriones; en una esquina blancas y colosales tinajas y la destiladora. El ajuar de la sala era de sillas y canapés de tule, pintados de verde o de café; escupideros de hoja de lata de figura oval, y de alfombra una *petate* pequeño ribeteado con orillo; en rinconeras imágenes de la Divina Infantita y Nuestra Señora de los Dolores o la Virgen de la Concepción o un Santo Cristo de Guatemala.

En la recámara las cortinas, la cama de madera fina, la pileta de agua bendita, unas sillas de tule, cómodas y baúles y un perchero para el señor. En la cocina muchos trastos colgados: ollas, cazuelas, comales, aventadores, cucharas y juguetes, y en un rincón el barril para el agua, así constituía todo el menaje.

En la época en que Guillermo Prieto, gracias a la protección de Andrés Quintana Roo, logra ingresar en el colegio de San Juan de Letrán, era un mal estudiante, se debatía en medio de la miseria y habitaba en la oscura vivienda de una casa de vecindad que constituía su observatorio de costumbres. Estas antiguas casas de vecindad se habían construido en la época colonial y carecían de los más elementales servicios de higiene. En ellas vivían personas de las más bajas clases sociales, que ejercían los más variados oficios y tenían por una módica suma una habitación pequeña. El México de entonces era una ciudad en gestación, en que los barrios pobres se dividían en callejones que como las culebras o alimañas se revolvián formando vertientes. Sus plazas carecían de alumbrado, sembradas de mesones, comercios de jarcia, bodegones y puestos de frutas y verduras, accesorias con envigados trunco y habitaciones con paredes llenas de tizne y sucios *petates*, en cuyos rincones estaba el brasero o *llecuil*.

Don Guillermo sueña con realizar en México lo que ya otros escritores habían hecho en sus propios países: escribir *Los misterios de México* a la manera de Eugenio Sue, para lo que toma datos de su propia casa de vecindad. Existía en la calle de la Verónica un convento a medio construir, en donde se formó una pintoresca vecindad improvisada. Ocupaban las viviendas principales personajes elevados por la última revolución, que invadían con las sillas de sus caballos el tránsito, hacían en el corredor cocina de humo, mientras las señoras y los niños invadían la escalera con sus trajes, los asistentes alborotaban a las criadas y cantaban canciones obscenas. Deslumbraba el señor de la casa con sus botas fuertes, su casaca bordada de oro, su sable curvo, su bastón con borlas y su sombrero de tres picos.

En las viviendas interiores se lucía un sacerdote ejemplar con numerosa familia, un músico que convocaba a sus compañeros y daba zamboras filarmónicas, una anciana partera con una crónica inolvidable, un sastre embustero, un zapatero fanfarrón y ebrio, un impresor mártir con una mujer bachillera; unas bailarinas con conexiones de currutacas, y una beatita jamona toda enredos y calumnias.

Las casas de vecindad con sus amplios patios, distinguidos ya por una higuera, ya por un granado y varios floripondios que ostentaban en los aires flotando en varios tendedores calzones, enaguas y camisas desgarradas, en los suelos *pelates* desbaratados y a la puerta un gallo y en el interior perros y gatos; en el fondo una lamparilla ardiendo a la Virgen de la Soledad, a San Antonio o a San Juan Nepomuceno, mientras los chiquillos chillaban y jugaban a la tuta o a la rayuela armando toda clase de broncas que hacían que intervinieran los mayores convirtiéndose aquello en una cena de negros. Tal era una casa de vecindad, con sus cualidades y defectos.

CONCLUSIONES

NO ES VERDAD que la belleza perfecta sea como el agua pura, ni que tenga un sabor particular, sino que por el contrario, en la historia de la literatura nunca se ha visto que el escritor perfecto carezca de errores. Para poder resumir en unas cuantas líneas la obra de Prieto, ha sido necesario colocarla en el lugar que le corresponde en la literatura mexicana del siglo XIX. No he dejado de señalar las imperfecciones, pero sin convertirlas en reproches. En plan de observador podría decir que esta obra es inigualable, pero también desproporcionada. Es desproporcionada porque la observación que nos ofrece de la vida en esta época es incompleta. Basándonos en *Musa callejera* vemos que se encuentra únicamente consagrada a la vida del barrio, del populacho y de la miseria; aun cuando constituye lo más bello de la obra de Prieto, claro está que es una respuesta al medio y a la vida en que el autor creció; no es que el poeta reste importancia a otras clases sociales, sino porque era el aspecto de la vida social que él dominaba.

Prieto no es además impersonal, sino que se deja llevar por el afán de partido, pues no podríamos conocer su obra sin conocer la historia de su vida. Su intención es presentar completa la sociedad de su época en cuadros y bosquejos, cosa que no logra plenamente.

En este corto trabajo he tratado de señalar los rasgos principales del costumbrismo de Prieto, que quizá no esté dotado de un gusto exquisito y fino pero tanto en la poesía como en la prosa es un poeta netamente mexicano. No encuentro en él influencia de otros autores, no le encuentro conexión con los escritores franceses, no es como Nerval: triste, amargado, legendario, ni erótico, no posee su cultura ni su afán de trasladar al paisaje el estado de su alma; tampoco es descreído y escéptico como Larra, que posee esa rebeldía de espíritu y ese continuo choque de las cosas con la realidad que destacan en el escritor español.

Encuentro más afinidad entre Larra y Nerval, porque ambos crecieron y se educaron con parientes de sus padres, careciendo del cariño maternal. Eso hizo nacer en sus almas el amor a la soledad, a la tristeza y a la melancolía. Reconocen las virtudes y defectos de su patria, pero la aman entrañablemente; tratan de corregir las costumbres empleando la sá-

tira y la crítica, en un campo de observación amplio que abarca varios temas. Su romanticismo es hondo y penetrante, sin alardes de teatralidad en Larra, profundo y derivado hacia una nueva tendencia en Nerval. Sus vidas son lucha constante contra el medio en que vivieron, una inadaptación e inconformidad eterna que les hace llegar al clímax de su desesperación y culmina en el suicidio. Poseen facilidad en la descripción, soltura en la narración, sencillez y un lenguaje sobrio y claro.

Se da por sabido que no sólo poseen conexiones entre sí, sino que como es natural y debido a su propia personalidad, tan castiza la una, tan parisienne la otra, tienen puntos de distinción; Nerval encuentra placer en describir la vida bohemia del París galante, mientras Larra penetra mejor en la clase media y baja de Madrid. Ambos contribuyen al teatro y son víctimas de una loca pasión amorosa.

En cuanto a Jouy le encuentro más semejanza en su obra con Mesonero que con Nerval o Larra, porque es ameno, sencillo, tranquilo, sin amarguras ni apasionamientos; Jouy es como Mesonero esencialmente burgués, no le pide demasiado a la vida, sino que se conforma con lo que ésta ha querido darle; observa a los hombres desde un plano superior en donde se divierte con el afán que tienen de engañarse unos a otros; comenta los vicios de la sociedad con una sonrisa apacible, fresca y bondadosa. La política no les apasiona, aun cuando ambos son esencialmente nacionalistas. Tuvieron desde el principio la intención de pintar la sociedad de su país, con el fin exclusivo de hacer costumbrismo, por lo que su lenguaje es genuino del pueblo en que nacieron y sus tipos una admirable visión de lo popular, con lo que contribuyeron al engrandecimiento del teatro porque era la mejor reproducción de la sociedad. También Estébanz Calderón tiene similitudes con estos escritores, tanto franceses como españoles, quizá más con los últimos, ya que son de la misma nacionalidad y pertenecen a la misma época; sin embargo, tiene más similitud como he hecho notar, Nerval con Larra porque ambos son hijos de la desesperación y la amargura, y Mesonero con Jouy por ser su obra más sencilla y más burguesa.

Guillermo Prieto carecía de preparación literaria y por ello su costumbrismo es más espontáneo que el de otros autores. No trato de asegurar que no conociera algunos artículos de otros escritores, pero si éstos influyeron en su obra, fué tan débil esta influencia que casi no se nota. Su costumbrismo se acerca más al de Mesonero por ser jovial y preciso, por poseer esa dulzura de abuelo y esa eterna bondad y comprensión de amigo.

Las conclusiones a las que he llegado después de conocer la mayor parte de su obra, podrían resumirse en unas cuantas líneas:

1. Prieto fué un autor netamente nacional.

2. Fué el primero que intentó un ensayo de epopeya en nuestra literatura.
3. De sus obras costumbristas, la *Musa callejera* es un verdadero documento para el estudio de las costumbres mexicanas.
4. Presenta con preferencia tipos humildes y escenas del barrio en que vivió.
5. En el aspecto popular, cuando se refiere a observaciones pone de manifiesto toda la gracia de su palabra.
6. Es un escritor fecundo por la gran variedad de sus temas.
7. Tiene incorrecciones y descuidos en el estilo y en la forma.
8. Es esencialmente romántico, por su teatralidad, por su apasionamiento, su rebelión, su sentimentalismo y grandilocuencia.
9. La parte sentimental es muy lograda, ya que de todas las pasiones humanas, aquellas que han sido mejor pintadas son las pasiones del amor, que él hace sentir plenamente.
10. Tiene en el descuido y en las incorrecciones muchos puntos de contacto con Joaquín Fernández de Lizardi.

Prieto presenta en todos sus aspectos las pasiones de nuestro pueblo, cantadas al són de nuestra historia patria; su alma se forjó en el yunque del dolor físico y moral, de la enfermedad y de la miseria. Asuela su vida y desgarró su corazón el espectáculo de los sufrimientos y de las vergüenzas que torturaban a su patria. Comió el pan de la prueba y fué grande por la energía y por la desgracia. Leer sus páginas es tranquilizarse, porque mana de ellas un alma sagrada en torrentes de fuerza serena y de bondad omnipotente. No es siquiera necesario interrogar a sus contemporáneos, ni escuchar a sus amigos; basta recorrer sus líneas para que surja la historia de su vida, porque nunca la vida es más fecunda, ni más grande, ni más dichosa que en el dolor.

Su obra no encierra fantasías ni complejidades, es natural y tan humana como el propio pueblo, respira mexicanismo, como la antigua plaza del Volador. He aquí la obra de Prieto, cargada de aire mexicano como las bellas tardes de sol y de viento en la barriada; obra que no puede desaparecer porque no se ha ajado, ni marchitado, ni carcomido, porque vive siempre en la voz de México como un viejo perfume de aquel tiempo lejano de *Fidel*.

BIBLIOGRAFIA

- ABREU GOMEZ, ERMILO. *Clásicos, románticos y modernos*. Ediciones Botas. México, 1934.
- ALTAMIRANO, IGNACIO. *Prólogo al Romancero Nacional*. Tipografía de la Secretaría de Fomento. México, 1885.
- ALTAMIRANO, IGNACIO. *Hombres ilustres mexicanos*. México, 1867.
- CALDERON ESTEBANEZ, SERAFIN. *Escenas andaluzas*. Colección Austral, Núm. 188. Espasa Calpe Argentina, 1945.
- CALDERON DE LA BARCA, CONDESA. *La vida en México en 1817*. México, 1892.
- CAMPOS, RUBEN M. *El folklore literario en México*. Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. México, 1929.
- CORDERO, SALVADOR. *La literatura durante la época de Independencia*. Librería de la Vda. de Ch. Bouret. México, 1920.
- CUELLAR, JOSE TOMAS DE. *La linterna mágica*. Imprenta Universitaria. Biblioteca del estudiante Universitario, Núm. 27. México, 1941.
- FERNANDEZ LEDESMA, ENRIQUE. *Viajes al Siglo XIX. Señales y simpattas de la vida de México*. México, 1933.
- FERNANDEZ LEDESMA, ENRIQUE. *Galería de fantasmas. Años y sombras del siglo XIX*. Editorial México Nuevo. México, 1939.
- FERNANDEZ DE LIZARDI, JOSE J. *El Pensador Mexicano*. Selección y notas de Agustín Yáñez. Biblioteca del estudiante universitario. México, 1940.
- FERNANDEZ DE LIZARDI, JOSE J. *El Periquillo Sarmiento*. Imprenta de J. Ballezá y Cia. Sucs. 3a. Edición. México, 1906.
- FERRY, GABRIEL. *Escenas de la vida mexicana en 1825*. Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. México, 1945.
- GONZALEZ OBREGON, LUIS. *Prosas y versos de Guillermo Prieto*. Imprenta Victoria. México, 1917.
- GONZALEZ OBREGON, LUIS. *México viejo*. México, 1910.
- GONZALEZ OBREGON, LUIS. *Breve noticia de los novelistas mexicanos en el siglo XIX*. Tipografía de O. R. Spíndola y Co. México, 1889.
- GONZALEZ OBREGON, LUIS. *Novelistas mexicanos. Don José Joaquín Fernández de Lizardi. (El Pensador Mexicano)*. Ediciones Botas. México, 1938.
- GONZALEZ PEÑA, CARLOS. *Historia de la literatura mexicana desde los orígenes hasta nuestros días*. México, 1928.
- GONZALEZ PEÑA, CARLOS. *Historia de la literatura española*.
- GAMBOA, FEDERICO. *Memorias de la Academia Mexicana correspondientes a la Real Española. (Fragmento de un estudio sobre Guillermo Prieto)*. México, 1914.
- HORNER, BRITA. *El carácter mexicano revelado por su literatura*. Tesis. Facultad de Filosofía y Letras. México, 1925.
- IGUINIZ B. JUAN. *Pseudónimos de escritores*. México, 1915.
- ISAACS, JORGE MARIA. *Juicio crítico sobre Guillermo Prieto*. París. Garnier.
- JIMENEZ RUEDA, JULIO. *Historia de la literatura mexicana*. Editorial cultura. México, 1928.
- JIMENEZ RUEDA, JULIO. *Letras mexicanas en el siglo XIX*. Fondo de cultura Económica. México, 1944.
- JIMENEZ RUEDA, JULIO. *Antología de la prosa en México*. Ediciones Botas. México, 1946.
- JOY, VICTOR JOSEPH ETIENNE. *Observaciones sobre las costumbres y los usos franceses del siglo XIX*. 8ª edición. París, 1815-1818.
- JOY, VICTOR JOSEPH ETIENNE. *La moral aplicada a la política para servir de introducción a las observaciones sobre las costumbres francesas del siglo XIX*. París.

LARRA, MARIANO JOSE DE. *Obras completas de Figaro*. Editores Montaner y Simón. Barcelona, 1883.

MARTINEZ, JOSE LUIS. *México y la cultura*. Secretaría de Educación Pública. México, 1946.

MARTINEZ, JOSE LUIS. Prólogo a *La Poesía Romántica*. Selección de Ali Chumacero. Biblioteca del estudiante universitario, Núm. 30. México, 1941.

MATEOS, JUAN A. *Romances y leyendas*. Imprenta de Cumplido. Prólogo de Guillermo Prieto. México, 1875.

MENENDEZ Y PELAYO, MARCELINO. *Ideas estéticas en España*. Madrid, 1911.

MENENDEZ Y PELAYO, MARCELINO. *Historia de la poesía en México*. Oficina Tipográfica de la Secretaría de Hacienda. México, 1892.

MERIMEE, ERNESTO. *Compendio de la literatura española*. Ed. Botas.

MESONERO ROMANOS, RAMON. *Escenas matritenses*. Colección Austral, Núm. 283. Espasa Calpe Argentina, 1942.

MESONERO ROMANOS, RAMON. *El antiguo Madrid*. Tipografía de don F. de P. Mellados. Madrid, 1840.

MESONERO ROMANOS, RAMON. *Obras jocosas y satíricas*. Madrid, 1881.

MESONERO ROMANOS, RAMON. *Memorias de un retentón natural y vecino de Madrid*. Madrid, 1880.

MESONERO ROMANOS, RAMON. *Panorama matritense. Cuadros de costumbres de la capital*. Madrid, 1833.

MESONERO ROMANOS, RAMON. *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica*. Madrid, 1840-41.

MESONERO ROMANOS, RAMON. *Tipos y caracteres*. Madrid, 1881.

MONTERDE, FRANCISCO. *Bibliografía del teatro en México*. Monografías bibliográficas mexicanas. México, 1933.

MONTERDE, FRANCISCO. "Biografía y crítica de Guillermo Prieto". Prólogo a *Musa Callejera*. Biblioteca del Estudiante Universitario, Núm. 17. México, 1933.

NOVO, SALVADOR. *Lecturas hispanoamericanas*. Secretaría de Educación Pública. México, 1925.

ORTIZ VIDALES, SALVADOR. *Don Guillermo Prieto y su tiempo. Estudio costumbrista histórico del siglo XIX*. México, 1939.

PEZA, JUAN DE DIOS. *Memorias, reliquias y retratos, de la Gaceta Intima*. Librería de la Vda. de Ch. Bouret. México, 1890.

PRIETO, GUILLERMO. *Memorias de mis tiempos. 1828-1853*. México, 1906.

PRIETO, GUILLERMO. *Colección de poesías escogidas publicadas e inéditas*. Tipografía de la Oficina de Impresión de Estampillas. México, 1895.

PRIETO, GUILLERMO. *Musa Callejera*. México, 1883.

PRIETO, GUILLERMO. *El Romancero Nacional*. Tipografía de la Secretaría de Fomento. 1885.

PRIETO, GUILLERMO. *Los San Lunes de Fidel*. Editorial León Sánchez. México, 1923.

PRIETO, GUILLERMO. *Viaje a los Estados Unidos*. México, 1877-78.

REAL, JOSE ALFONSO. *Larra, biografía y crítica*. Barcelona, 1884.

REYES, ALFONSO. *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX*. Tip. de la Vda. de F. Diaz de León, Suces. México, 1911.

ROMERA NAVARRO, J. *Historia de la literatura española*. Ed. D. C. Heath y Cia. 1928.

SEIGNOBOS. *Compendio de la historia de la civilización*. Prólogo de Guillermo Prieto. México, 1902.

SIERRA, JUSTO. *México y su evolución social*. México, 1890.

TARTILAN, SOFIA. *Costumbres populares españolas*. Madrid, 1885.

TERRALLA AYEROWI. *Costumbristas y satíricos*. Perú, 1854.

URBINA, LUIS G. *La vida literaria de México*. Madrid, 1917.

USIGLI, RODOLFO. *México en el teatro*. Imprenta Mundial. México, 1932.

VALDEZ, JUAN. *Memorias de la guerra de Reforma*. México, 1906.

VERGES Y., MIGUEL J. M. *La Independencia mexicana y la prensa insurgente*. El Colegio de México, 1941.

VELLENAVE, YOLANDA. *Los mexicanos pintados por sí mismos*. Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. México.

VIGIL, JOSE MARIA. *Reina histórica de la literatura mexicana*. (Inconclusa). México, 1909.

ZUÑIGA, MARIA TERESA. *Guillermo Prieto*. Tesis de la Facultad de Filosofía y Letras. México, 1937.

INDICE

¿QUE SE ENTIENDE POR COSTUMBRISMO?.....	7
EL COSTUMBRISMO EN FRANCIA.....	11
a) Gérard de Nerval.....	12
b) Victor Etienne Jouy.....	15
EL COSTUMBRISMO EN ESPAÑA.....	19
a) Mariano José de Larra.....	19
b) Ramón de Mesonero Romanos.....	24
c) Serafin Estébanes Calderón.....	27
ANTECEDENTES DEL COSTUMBRISMO EN MEXICO.....	31
a) Epoca anterior a Guillermo Prieto.....	32
b) Aparición de Guillermo Prieto.....	36
c) La obra literaria de Guillermo Prieto.....	45
GUILLERMO PRIETO Y SUS TIPOS POPULARES.....	53
a) El Charro.....	53
b) La China Poblana.....	54
c) El Lépero.....	55
d) El Empleado.....	57
e) El Barbero.....	58
f) Diversos tipos populares.....	59
COSTUMBRES.....	61
a) Modas.....	62
b) Bailes.....	64
c) Comidas.....	66
d) Teatro.....	67
f) Funciones religiosas.....	73
LUGARES.....	77
a) Públicos.....	77
b) Privados.....	85
CONCLUSIONES.....	87